LUIS CHIOZZA

LO QUE NOS HACE LA VIDA QUE HACEMOS

APUNTES DE TODOS LOS DÍAS

libros del Zorzal

Luis Chiozza

Lo que nos hace la vida que hacemos

Apuntes de todos los días

libros del
Zorzal

Chiozza, Luis Antonio
Lo que nos hace la vida que hacemos : apuntes de todos los días / Luis Antonio Chiozza. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2021.
192 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-599-749-3

1. Psicoanálisis. 2. Pandemias. 3. Relaciones Familiares. I. Título.
CDD 150.195

Diseño de tapa: Silvana Chiozza.

© 2021. Libros del Zorzal
Buenos Aires, Argentina
<www.delzorzal.com>

ISBN 978-987-599-749-3

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

Prólogo. Lo que nos hace la vida que hacemos..... 13
1. ¿Debemos, podemos, queremos? 15
2. Cuando la mar es muy dura,
el objetivo es flota 17
3. El puerto de destino es una conjetura 19
4. Hay que estimar la derrota y volver a trazar
el rumbo cada día..... 21
5. La relatividad de "lo propio"..... 25
6. La población de riesgo..... 27
7. No solo de pan vive el hombre 29
8. Evitar la muerte..... 31
9. Y yo… ¿qué? 33
10. Un querido colega, de manera lúcida
y conmovedora, escribió… 35
11. Una pintura... 37
12. El huevo proviene de una gallina, pero la gallina
proviene de un huevo 39
13. Contacto, conmoción y trascendencia 41
14. El amor verdadero 43
15. El odio "verdadero" 45
16. Tres edades de la vida..... 47

17. Una pintura 51
18. Solo se puede ser siendo con otros 55
19. ¿Cómo Picasso pudo trasmitir tanto solo
con tres líneas? 57
20. La multiplicidad del sentido y
el malentendido 59
21. La costumbre no siempre nos ayuda 61
22. Esto no es vida 63
23. Un espíritu gemelo 65
24. Usar la vida 67
25. Una carencia oscura 69
26. *Influencer* 71
27. Tener razón 73
28. Hombre con el dolor en un brazo 75
29. La peste en la colmena 77
30. ¿Un año positivo? 79
31. Un soneto de Borges 81
32. Hacia un encuentro entre la religión
y la ciencia 83
33. Joseph Campbell escribe… 85
34. Borges y yo 87
35. Cuando ganando se pierde 89
36. La fuerza conmovedora de la fantasía 91
37. Esculturas con dinámicas disímiles 93
38. Uno para todos y todos para uno 95

39. El alma no habita en el espacio… 97
40. Un desvío inadecuado, un cilindro inaccesible.... 99
41. Morir 101
42. En la melancolía se oculta una fobia 103
43. Casi todo permanece oculto 105
44. Fue sin querer..... 107
45. covid-19: ¿fenómeno biológico o social?..... 109
46. Autoridad e ignorancia 111
47. Dos interpretaciones acerca de la pandemia..... 113
48. Defender lo indefendible..... 115
49. En el fondo, sabemos 117
50. El valor de la esperanza..... 119
51. La importancia de pertenecer 121
52. Ver con otros ojos lo que estamos viviendo..... 123
53. Para ver es necesario creer..... 125
54. La confianza cieg 127
55. El poder transformador del amor..... 129
56. El ser y el proceder de los padres..... 131
57. La sabiduría de un universo que funciona..... 133
58. La vida trascurre en dirección opuesta a la ilusión de volver..... 135
59. La tranquilidad ficticia es un efugio espurio 137
60. Vivir es siempre comprometer la vida 141
61. Los promedios no existen en la realidad material..... 143

62. Predecir no es lo mismo que percibir
lo que ya está ocurriendo 145
63. Es necesario... 149
64. La existencia "independiente" 151
65. La "irrealidad" de los promedios 153
66. Reconocer un error 155
67. El que solo medicina sabe ni medicina sabe 159
68. Secuelas de la pandemia 163
69. El valor de la vergüenza 165
70. Preguntas incómodas 167
71. El actor y su público 169
72. Un año largo en una condición extraña 171
73. La vida 173
74. La memoria selectiva 175
75. Poder o no poder *(That is the question* 177
76. ¿Más poder para qué? 179
77. Del dicho al hecho… hay mucho trecho 181
78. El campesino y el burro 183
79. La enfermera y el médico 185
80. Las ideas "originales" 187
81. La presencia y el recuerdo 189

A Paula,
coautora de nuestros hijos
y de años que son inolvidables,
con gratitud y cariño.

Prólogo

Lo que nos hace la vida que hacemos

Decimos que la vida hace un bebé antes de que el bebé haga su vida. Sin embargo, cuando de pronto reparamos en lo que estamos viviendo, podemos llegar a "darnos cuenta" de que esa secuencia que "va y viene", oscilando entre lo que nos sucede y lo que decidimos, suele trascurrir sin que nos detengamos a pensar en ella.

Cuando dirigimos nuestra atención hacia algo que sentimos que la vida "nos hace", nos sentimos ineludiblemente determinados por ella. Cuando, en cambio, nos entregamos al sentimiento de que estamos "haciendo nuestra vida", nos sentimos libres. ¿Cómo podemos resolver esa inevitable y contradictoria alternancia? Hasta donde sé, ha sido Erwin Schrödinger, distinguido con el Premio Nobel por sus trabajos en física cuántica, el único que nos ha ofrecido una solución del dilema.

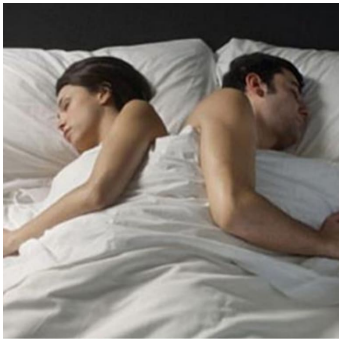
Comencemos por decir que, *por un lado, solo puede ser libre el universo entero, porque, dado que lo que llamamos "universo" incluye "todo lo que hay", no existe "algo más" que pueda restringir su libertad. Por otro*

lado, las partes que, como cada uno de nosotros (cuando nos sentimos "yo"), lo constituyen, en la medida en que se relacionan entre sí, quedan inevitablemente determinadas por esas relaciones. Schrödinger se pregunta cómo resolver ese dilema, que coincide con la alternancia dentro de la cual pasamos de sentir que decidimos "haciendo nuestra vida" a la situación contraria, en la que todo lo que vivimos nos ocurre como algo "que nos hace la vida".

La solución a la que llega consiste en afirmar (en coincidencia con algunos pensamientos que surgen del budismo) que, *si hay momentos en que nos sentimos libres, es porque somos conformados de tal modo que, en esas conmovedoras ocasiones (en donde "mi ego" se diluye contigo y desaparece la distancia entre tú y yo), funcionamos, "sin saberlo", de manera intuitiva, es decir, "sin darnos cuenta" siquiera, coparticipando en la libertad del universo que sentimos, entonces, como si fuera propia.*

1

¿Debemos, podemos, queremos?



Deber, poder y querer son tres verbos auxiliares que se relacionan entre sí configurando categorías que habitan nuestro mundo psíquico y que se influencian recíprocamente. Los ejemplos abundan. "Si quisiera podría", o, también, "aunque quiera no podré". ¿Quiero hacer lo que hago? Si me da culpa querer, podré creer que me obligan. ¿Puedo lo que quiero? Si me avergüenza mi impotencia, podré creer que no me dejan, que no me dan permiso. "¿Puedo hacer lo que debo?". Si creo que no puedo, podré pretender que no debo. Si no quiero hacer lo que debo, también podré creer que no me dan permiso. Si siento que "no debo querer hacer lo que no puedo" y siento que "no puedo dejar de quererlo", puedo creer que no me dan permiso; también, que "no quiero, pero me obligan a hacer lo que no puedo".

2

Cuando la mar es muy dura, el objetivo es flotar

Hay épocas apacibles en las cuales es más fácil conjeturar el futuro y edificar proyectos para un plazo largo. Hay otras en que todo se vuelve contingente y la inseguridad aumenta. No solo el pronóstico se acorta hasta alcanzar apenas el futuro inmediato, sino que, al mismo tiempo, se pierde, o se confunde, la significación del pasado, hasta el extremo de des-dibujar los rasgos de nuestra identidad. Cuando en la oscuridad de la tormenta el horizonte se cierra, el objetivo es flotar. Es inútil entonces apurar la marcha y pretender que la seguridad retorne bajo la forma de un proyecto forzado en el cual se vuelca, con terque-dad, la vida. Es necesario, en cambio, mantener el impulso hacia delante en el mínimo imprescindible para conservar el gobierno y aferrarse al timón.

Experimentamos la necesidad de proporcionarle un sentido a nuestra vida apuntándola en alguna dirección. Navegar es lo contrario de flotar al garete, abandonados a los caprichos del destino.

Navegar es elegir un rumbo y encaminar la proa, realizando cada día la tarea imprescindible para mantener el curso. Esa tarea implica el esfuerzo de un trabajo y una responsabilidad, pero cuando el temporal amaina hace falta también un lugar para el ocio, porque el ocio, que abre un espacio creativo, no se opone al trabajo, sino al negocio. Al trabajo se opone la molicie, que es la blandura irresponsable del pusilánime que se deja estar y vive "al garete", sin conservar el impulso necesario para gobernar el timón.

3

El puerto de destino es una conjetura

Nuestra capacidad para adelantarnos al futuro no alcanza, sin embargo, para justificar el que nos preocupemos por aquello de lo que todavía no podemos ocuparnos.

Nuestros deseos y temores son recuerdos, pero es verdad que nunca se vuelve al lugar de donde se ha salido, porque lo que "vuelve" no es igual a lo que fue. La mayor parte de lo que deseamos o tememos no ocurre del modo en que lo habíamos imaginado. Posible es lo no realizado; lo que ya se ha realizado es ahora imposible. No se puede ir dos veces a París por vez primera.

Un puerto de destino otorga sentido y dirección a nuestra vida, pero si reflexionamos en lo que el pasado nos ha dado, vemos que el logro se acumula en la ruta, no se obtiene "todo junto" en la meta, y en algo difiere, además, del propósito inicial.

Aprendemos muy pronto que los logros que obtenemos, al llegar, ya no son fines, sino medios necesarios para alcanzar otro fin. Una razón más para sostener que el fin no siempre puede justificar los medios. Permanecer sin cambiar es también imposible. La experiencia nos muestra que *lo que no avanza retroce-de y que lo que no progresa se arruina.*

Podemos com-probar que cuando el descanso se prolonga más allá de restaurar las fuerzas se pierde agilidad. Si acepta-mos que cumplido un período de tiempo es necesa-rio nacer, debemos también admitir que *el cambio que hoy tememos es un proceso que se ha iniciado ayer.* Si es cierto que, como dijimos antes, una vez que se ha partido es imposible volver, no es menos cierto que una vez que se ha llegado es necesario partir. La importancia no reside, entonces, en llegar, sino en la manera como se recorre el camino.

4

Hay que estimar la derrota y volver a trazar el rumbo cada día

Dado que la confianza en el porvenir surge del bienestar actual, se nos impone como conclusión que solo si estamos dispuestos a ocuparnos ahora del futuro, sin demorarnos con preocupaciones, y a responder hoy sobre el pasado, sin escudarnos en arrepentimientos que nada reparan, podemos vivir plenamente el presente, atrapando, entre la nostal-gia y el anhelo, la magia del instante. La utilidad material, cuantificable, racionalmente concebida en la teoría o en la práctica, no es el único valor. Al bienestar también nos acercan otros desarrollos, que son afectivos o espirituales. El equilibrio de nuestra salud no solo depende, por lo tanto, de la lucidez de nuestro cerebro o de la capacidad de nues-tro hígado, sino también de la sensibilidad de nuestro corazón.

Probablemente, el panorama de mañana será tan distinto del que hoy prevemos como difiere el mundo de hoy del que imaginábamos ayer. Sabemos que nada permanece igual y que los valores que adquieren consenso cambian según el signo de los tiempos. Nos asombra, sin embargo, no encontrar lo que hoy buscamos en el lugar donde estaba ayer. Aprendimos que, en un mundo complejo que rápi-damente se transforma, los proyectos lineales son inadecuados, y que aquello que nos proponemos "entre ceja y ceja" cobrará de nuestra vida un alto precio. El curso de una vida no se presenta como un camino recto; se parece más a un laberinto con calles sin salida y senderos que solo se abren al pa-sar por ellos. Solo podemos encontrarnos en algún punto deseado si adquirimos la capacidad de re-correr trayectorias curvas, quebradas y complejas, buscándole las vueltas al camino.

Así vemos crecer la rama en el lugar que le permite el muro, sin resignar por completo sus proyectos sin mantenerlos, a todo trance, con absurda terquedad, fracasadamente invariantes.
Comprobamos, una y otra vez, que no llegamos a la meta que apuntamos y que la vida nos impone siempre un cierto grado de derrota. Aunque esta inevitable imposición no es penosa en todos los casos, porque a veces llegamos a lugares mejores

que los que habíamos soñado, la experiencia nos enseña que debemos apuntar nuestro propósito calculando el "ángulo de la deriva", el desvío que la realidad impone a nuestro rumbo.

Es necesario, entonces, replantear continuamente nuestros fines y adaptar nuestros intentos a conjeturas siempre actualizadas.

5

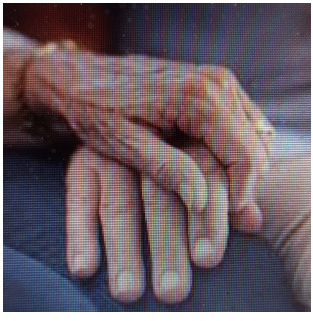
La relatividad de "lo propio"

Hace unos años, escribí un párrafo que me parece interesante ver ahora, cuando es más importante que nunca comprender que la vida de cada uno se sostiene en los vínculos afectivos que nos unen con los seres queridos y con las personas que forman parte de nuestra vida.

"Es necesario y saludable que más tarde o más temprano admitamos, pacíficamente, la idea de que somos, y hemos sido siempre, como una gota de agua que afirma su existencia y contempla embelesada, *creyendo que son propias, las luces que reflej* mientras se dirige, saltarina, hacia la inmensidad del mar."

6

La población de riesgo



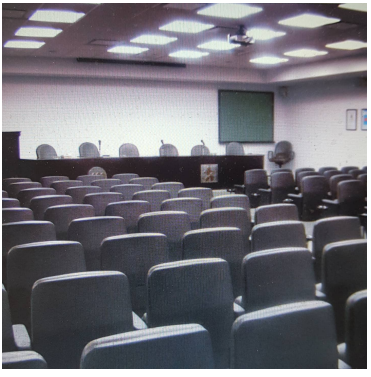
El conjunto de disposiciones gubernamentales que hoy constituyen en el mundo lo que denominamos cuarentena establece que los ancianos conformamos, junto con aquellos que padecen enfermedades que disminuyen su vitalidad, una población en riesgo.

Dado que los ancianos habitamos una época de la vida dentro de la cual, según nos revela la estadística, nos morimos en unos pocos años, y aunque alguna otra persona, joven y sana, puede morirse antes, es cierto que, en la medida en que aumenta lo que hemos vivido, nuestro "riesgo" de morir también aumenta. Pero, precisamente por eso, nuestra ancianidad determina que nuestro riesgo mayor ya no consista en la posibilidad de morirnos muy pronto, sino en el desperdicio de muchos meses de nuestros últimos años.

Un viejo proverbio sostiene que el que tiene un porqué para vivir soporta casi cualquier cómo. Se trata, entonces, de evitar que el aislamiento y la distancia social, que disminuye el libre ejercicio de actividades corporales como la danza o el deporte, pero, sobre todo, el contacto personal, nos prive de ese porqué que sostiene la perduración de nuestra vida. Las puntas de los codos carecen de la exquisita sensibilidad que las manos comunican.
Es inútil pretender que el *home working,* la vida interior, los afectos en la intimidad del hogar o los festejos por videoconferencia cumplan íntegramente con ese cometido. No es lo que observamos si prestamos aten-ción a lo que ocurre. No sucede así ni siquiera con los niños, pero donde se observa con mayor claridad es en los ancianos que, ya sea solos o en pareja, viven separados de sus hijos y sus nietos, sus hermanos, sus sobrinos y también de sus amigos.
Si "salir" siempre funcionó como una palabra clave que, lejos de poner el acento en el lugar hacia donde uno se encaminaba, subrayaba la necesidad de abandonar el lugar que nos aburría, actualmente, en la prisión domiciliaria de una cuarentena sin suficiente compañía, la carencia de esa posibilidad nos oprime y nos conduce, muchas veces, a esas muertes prematuras que hoy nadie computa.

7

No solo de pan vive el hombre



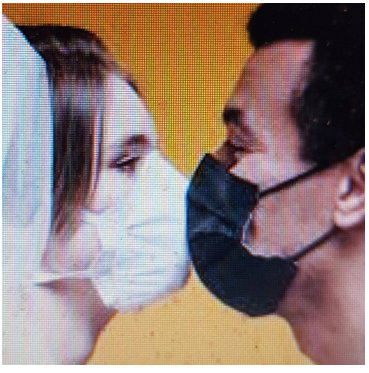
Nuestra sala de conferencias hace ya muchos meses que permanece vacía. Allí nos hemos reunido no menos de dos veces por semana durante mucho tiempo, para presentar y discutir nuestros trabajos acerca del tratamiento psicoterapéutico de distintas enfermedades e investigar sobre las condiciones que impiden el bienestar. El bienestar que no solo se alcanza dentro del ocio que restablece nuestra disposición a la actividad, sino también durante el trabajo que genera los productos que necesitamos.

Hoy no podemos encontrarnos allí, en esa sala, y aunque las videoconferencias con las cuales sustituimos nuestras reuniones consuetudinarias son un "menos mal", las figuras bidimensionales de nuestra pantalla carecen de la riqueza comunicativa que nos aportaban aquellos encuentros "en presencia".

En cada día que trascurre el aislamiento y la distancia social, pesa progresivamente sobre el ánimo la creciente noción de lo que se ha perdido. Comprendemos entonces, por la fuerza de los hechos, la verdad contenida en la afirmación de Jesús: no solo de pan vive el hombre. También necesitamos el contacto que otorga un sentido a nuestra vida y sostiene nuestra alegría de vivir.

8

Evitar la muerte



Nos enfrentamos, una y otra vez, con que añorar el pasado no alcanza para proyectar un futuro. Y también con que el miedo de morir (o sufrir), envenenando el presente, tampoco nos alcanza para sostener las ganas de vivir cada día.

A la vida no se opone la muerte, que forma parte de ella, como el nacimiento. La "vitalidad" de la vida, que contemplamos en la curiosidad del niño, es evolución, diversidad y complejidad. A esa plenitud no se opone la muerte, que es "socia" de la vida, ya que, dándole "un tiempo", le otorga un sentido. Se opone, como una vacuidad que representamos con la palabra "nada" (que se ha puesto de moda), la compulsión a la repetición, la rutina y la monotonía.

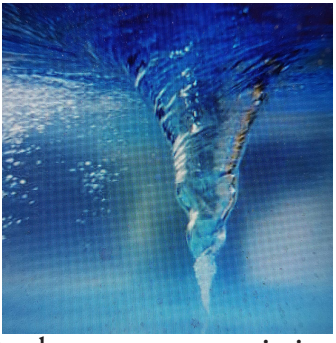
Cuando, encarnizados tercamente con lo que no podemos, abandonamos la delicia de lo que nuestro poder nos ofrece, puede acometernos el temor a morirnos "sin haber vivido", y solemos decirnos, entonces, que esa vida "no es vida". Pero cuando la vida se "gasta" entretenida por el temor a la muerte, en ese desperdicio, ya se la ha perdido. Porque en ese intento, muchas veces absurdo, de evitar la muerte, nos escapamos de una plenitud de la vida que bien "vale la pena".

Recordemos los versos que hace dos mil años escribió Horacio: "Feliz es el hombre bien templado / que del hoy se hace dueño indiscutido, / que al mañana increparle puede osado: / 'Extrema tu rigor, que hoy he vivido'".

Recordemos también aquellos, tan citados, de Antonio Muñoz Feijoo: "No son los muertos los que en dulce calma / la paz disfrutan de la tumba fría,/ muertos son los que tienen muerta el alma / y viven todavía".

9

Y yo... ¿qué?



El vórtice de un remolino, como el que se observa a veces cuando se drena el contenido de agua de un lavatorio, se forma con todo el líquido que lo rodea.

También sucede con el torbellino de un tornado. Ambos parecen existir, sin embargo, separados del entorno, como un ser humano que se refiere a sí mismo con la palabra "yo".

Aunque sabemos que solo se puede ser siendo con otros, nada tiene de malo que, creciendo dentro de una existencia colectiva que continuamente nos "contagia" su modo de ser y proceder, hayamos aprendido a ser "uno". Pero solemos minimizar el hecho de que, como sucede con el vórtice del lavatorio, sin los otros dejaríamos realmente de existir. Corremos, entonces, el riesgo de incurrir, alimentando la ilusión de que somos

autosuficientes, en algún tipo de egoísmo o de egolatría que, ya desde sus formas más leves, tortura nuestra convivencia.

Puedo decir que soy alguien que constituye para los demás una persona con sus propias cualidades, que determinan cómo quiero, cómo puedo y cómo debo convivir. Pero todo lo que soy lo he recibido "sin querer", y todo lo que hice no solo fue lo que quería, tal vez fue lo que debía o aquello que podía. Se haya tratado de una necesidad o de un deseo, de una ineludible obligación o de una deuda posterga-ble, de una capacidad o de un permiso.

Mis valores, entonces, ¿son méritos o solo cualidades? Y mis defectos ¿son culpas o solo son desgracias? Si así fuera, una cosa queda clara: si no acepto renunciar al derecho a reclamar por mis desgracias, ninguna razón me asiste para pretender que no me atribuyan mis culpas.

10

Un querido colega, de manera lúcida y conmovedora, escribió...

Falleció el mejor amigo del padre de una paciente. La historia (seguramente una de tantas) es esta:
Un hombre de más de 90 años, no muy bien de salud, limitado en sus movimientos por secuela de acv. Viudo desde hace unos años, vivía solo. Los hijos, muy pendientes de su salud, para cuidarlo no lo visitaban, pero le mandaban gente que lo asistiera. Que nada le faltara. Estaban en contacto… ¿Teléfono? ¿WhatsApp? ¿Skype? No lo sé. El padre de mi paciente se lo cruzó, hará unos cuantos días, tomando un poco de sol y aire en la vereda. Charlaron un ratito, barbijo mediante, guardando la distancia social (ya se sabe: población de riesgo).
No obstante todos los recaudos, hará diez o quince días se contagió covid. Lo internaron, solo y aislado, como mandan los protocolos. La

familia no podía estar.
Ayer murió. Solo en la cama del sanatorio, con la máscara de oxígeno puesta, sin una mano que tomara la suya. Sin que nadie lo haya tocado sin guantes en los últimos días de su vida. Sin tener a quien dedicar sus últimas palabras. Sin poder volver a ver a sus hijos o nietos.
La pregunta es: ¿lo mató el covid o lo mató la cuarentena? ¿La cuarentena (ese sacrificio que hacemos todos por el bien de nuestros mayores) sirvió para proteger su vida o solo sirvió para arruinar sus últimos días de vida? La cuarentena ¿sirvió para hacer su vida más larga (aunque, obviamente, peor) o para hacer su vida (además de peor) más corta? ¿Sería muy loco pensar que, si él hubiera tenido la absoluta certeza de que, por ejemplo, el 18 de julio la cuarentena se terminaba, a lo mejor, le daban ganas de aguantar un poco más, de seguir viviendo? Pensar que la vida es solo cantidad no solo reduce la calidad… También reduce la cantidad. A lo peor sin cuarentena hubiera muerto en abril… posiblemente. Pero, sin cuarentena, hubiera muerto mejor, ¿no? También es posible pensar que hubiera muerto este año aún sin pandemia.
Comparto estas preguntas que me hago. La cuarentena (teóricamente) era para salvarlo a él, ¿no? Es decir, a la gente en su situación. ¿O me perdí de algo?

11

Una pintura...

... obra de Juan Chiozza, mi padre, me sugiere la idea de dos seres unidos en amistosa compañía.

La simpatía que, desde nuestras neuronas espejo, nos lleva a disminuir la distancia que nos separa de los otros seres vivos alcanza su forma más evolucionada y valiosa cuando se convierte en amistad.

Cuando pensamos en el amor, acude de inmediato a nuestra mente la fuerza del entusiasmo y la alegría de vivir que se despiertan cuando nos enamoramos de alguien que nos responde con sentimientos semejantes.

Se ha dicho hasta el cansancio que el enamoramiento no dura, y la indagación, durante siglos, ha vuelto una y otra vez sobre la idea de que surge de una ilusión que, aunque puede ser imprescindible para lograr esos conmovedores sentimientos, solo admite dos distintos desenlaces. Uno conduce a una

decepción que nos lleva hacia el amargo desengaño contenido en las palabras del poeta: "Amor se fue; mientras duró / de todo hizo placer. / Cuando se fue / nada dejó que no doliera". El otro permite un desarrollo que, tejido con las hebras de una realidad que nos obliga a reconocer que nunca se alcanza la totalidad de lo que deseamos, transforma el enamo-ramiento en cariño. Nos regala, de ese modo, una confortable convivencia dentro de la familiaridad de un contacto cotidiano, íntimo y enriquecedor, que nos otorga una inestimable e insustituible compa-ñía. Ese compañerismo entrañable, impregnado por la confianza en la reciprocidad de lo que se vive "más allá" de una ilusión, es la forma más elaborada y fruc-tífera del sentimiento de amistad.

Pero la amistad no solo se realiza dentro del territorio de una relación tan exclusiva como la que conduce a la formación de una familia. Muy por el contrario, se revela saludable cuando además florece dentro de una red entretejida con otras relaciones que nos permiten desarrollar las virtudes trascendentes de una existencia colectiva.

12

El huevo proviene de una gallina, pero la gallina proviene de un huevo

Todos sabemos, entonces, que la gallina y el huevo evolucionaron juntos partiendo de formas anteriores. Sin embargo, cuando dos hermanitos se pelean, muchas veces queremos saber "quién empezó".

No existe vida humana en la cual no haya ocurrido alguna ofensa capaz de generar hostilidad. Pero el dolor se acrecienta cuando esa hostilidad se desarrolla dentro de una relación con las personas hacia las cuales sentimos afectos entrañables. Un viejo proverbio (quizás sustentado en el hecho de que cuando el amor nace es frecuente tratar de disfrazarlo pretendiendo lo contrario) asegura que del odio nace el amor. No suele reconocerse, en cambio, la conclusión opuesta: que del amor nace el odio. Y sin embargo es así, hasta el punto en que los grandes odios

denuncian, siempre, grandes amores. No solo porque el odio surge muchas veces de los amores contrariados, sino también, ante todo, porque es frecuente que necesitemos ejercerlo para proteger lo que amamos.

Tal vez debiéramos pensar en el huevo y la galli-na cuando nos peleamos con los seres que amamos. Pero, más allá de eso, hoy, en una época en que fre-cuentemente oímos que una grieta nos divide como pueblo, quizás podría ayudarnos reparar en que nuestros sufrimientos los producimos, entre todos, construyendo, con nuestras acciones o con nuestras omisiones, con nuestras afirmaciones o con nuestra indiferencia, la "opinión pública" que nos gobierna.

13

Contacto, conmoción y trascendencia

Cuando contemplamos lo que nos ocurre mientras convivimos con los seres vivos que pueblan nuestro entorno, podemos distinguir tres acontecimientos que transcurren *indisolublemente ligados:* el contacto físico, corporal; la conmoción anímica, emocional; la trascendencia espiritual, orientadora.

Vivo aquí, en un lugar de la existencia física, frente a las cosas (incluyendo mi propio cuerpo), que percibo como *objetos* materiales *presentes* que capto y puedo "*contactar*", mientras habito un espacio de ese mundo perceptivo. Vivo *ahora*, cuando me afectan en cuerpo y alma sensaciones *actuales* que me sujetan en un instante de mi mundo sensitivo, en un momento subjetivo del tiempo de mi vida en que me puedo "*conmover*".

Pero ese presente actual, aquí y ahora, inevitablemente se amplifica cuando mi conciencia, inmersa en los valores del *espíritu* de la comunidad que habito, y que constituyen mi mundo normativo, de un modo que *trasciende* mi cualidad de individuo, se *"conforma"* formulándose las normas que registra.

Cuando pensamos que esos tres mundos, perceptivo, sensitivo y normativo, que constituyen mi circunstancia en un presente actual, construyen conmigo el sentido de mi vida, sentimental e intencional, nos damos cuenta de que una merma importante en uno de ellos, se trate del contacto físico, de la posibilidad de conmovernos o de la tendencia a consustan-ciarnos con las cualidades que valoramos, nos ame-naza con un importante descalabro de inimaginables consecuencias. Hoy, inmersos en el aislamiento y la distancia "social" que la cuarentena nos impone, ya comenzamos a sentirlo.

14

El amor verdadero

El amor "verdadero", el que hunde sus raíces
en los pliegues recónditos del alma,
perdura, indestructible, y retorna
como un junco que se dobla
para volver a erguirse nuevamente.

Aunque el odio suele recubrirlo
y, como a un ángel caído,
convertirlo en demonio,
su llama no se extingue,
y la luz que arroja su rescoldo
nunca jamás se apaga.

En el rostro que, recubierto por el barro,
ha perdido su diáfana mirada,
o en la gota que el frío ha trasformado
en un cristal de hielo,
persiste su semilla y el retoño
que volverá a ser flor en prima era,
que dará su fruto en el verano
y calor suficiente en el otoñ
para conservar la vida en el invierno.

El amor “verdadero” es,
como el veneno del odio que lo infecta,
tenaz e inagotable.
¿A qué acuerdo llegarán, entre uno y otro,
para elegir la salvación o la condena?

15

El odio "verdadero"

El odio "verdadero" y responsable
no es un odio "acreedor" de deudas rancias.
Es un odio inmediato y poderoso que, feroz y certero,
Como la madre que, en el borde de la cuna,
aplasta una alimaña,
se dirige hacia el lugar exacto en donde mora
el peligro que amenaza lo que amamos.

Es aquel que, en su acción eficazmente concluida,
encuentra el destino que lo agota
sin quejas, sin reproches y sin culpa.

El odio "verdadero" no atesora en la memoria
los argumentos que se usan
para repetir dolores exquisitos,
con la actitud plañidera de una queja.
Solo recuerda los lugares en donde el mal
se esconde, y en virtud de lo que aprende,
adquiere la capacidad de proteger lo bueno
con el coraje que le ha dado la experiencia.

El odio "verdadero" es socio del amor y es su custodia.
Nacido de ese amor que lo convoca,
lleva dentro de sí, como destino amargo,
el quedar tantas veces confundido
con la crueldad del mal que lo provoca.

16

Tres edades de la vida

I
Entre la primera y la segunda edad (1945)

Soñar no cuesta nada

¿Crees tú que esas nubes, por ventura,
tan hermosas, tan serenas en el cielo,
no pagan el tributo a su hermosura
cuando descienden para regar el suelo?

¿Tú crees que esos árboles tan bellos,
que con las ramas horadan el espacio,
no crecen primero muy despacio,
mientras echan la raíz de sus cabellos?

Tú semejas la nube voladora
que remonta con prisa las alturas.
¿No sabes, desdichada, dónde moras?
Más rápido caerás cuanto más subas.

Yo, cual árbol sin sólidas raíces,
de lo alto me abatí mientras soñaba.

Y todavía hay quien sin embargo dice,
y piensa, que el soñar nos cuesta nada.

II
Entre la segunda y la tercera edad (1979)

Navegar es necesario, vivir no

Hoy, en las horas de la esperanza trunca,
cuando los sueños dejan ver por vez primera
el resorte interior que forma su quimera,
he perdido el temor a lo que significa nunca".

Ignoro dónde estoy, qué mares voy surcando.
El puerto familiar, en el que ayer soñaba,
ha quedado ya lejos, como el regazo blando,
que ha seguido el destino de todo lo que acaba.

No me importa vagar, perdido entre la bruma
de un mar que no es azul, que es gris, como la muerte.
Son las olas y el viento como la vida, fuertes,
y mi barco las corta, en un torrente de espuma.

No necesito ver, como otrora creyera,
el decurso completo de mi vida futura.
Me basta con saber la concreta manera
de aferrarme al timón cuando la mar es dura.

Un día llegará en que mi barco, deshecho,
se fundirá con el mar, para el que fue creado.
Una hora fatal en que todo lo hecho
unirá su destino con lo apenas soñado.

Ayer, contra la ola más alta,
en el corazón de mi nave un madero crujió.
Navegar… ¡Eso sí que me hace falta!
—me dije—. Pero la vida no.

17

Una pintura...

... de mi hija, Silvana Chiozza, me trasmite el silencio de las construcciones humanas y los árboles en una Roma "eterna".

En un relato que he leído por primera vez en Borges, un joven jardinero persa (en una versión muy conocida de Cocteau) dice a su príncipe:

—¡Sálvame! Encontré a la Muerte esta mañana. Me hizo un gesto de amenaza. Esta noche, por milagro, quisiera estar en Ispahán.

El bondadoso príncipe le presta sus caballos. Por la tarde, el príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta:
—Esta mañana, ¿por qué hiciste a nuestro jardinero un gesto de amenaza?
—No fue un gesto de amenaza —le responde—, sino un gesto de sorpresa. Pues lo veía lejos de Ispahán esta mañana y debo tomarlo esta noche en Ispahán.
Se trata de un antiguo apólogo que proviene del siglo vi, que ha inspirado versiones similares y numerosos poemas que invitan a conmovedoras reflexiones. Si la muerte "en persona" se sorprende, es porque no gobierna el destino. Muy por el con-trario, "sin querer" lo obedece cuando, llevada por una sorpresa inesperada, produce un gesto involun-tario (¡inconsciente!) que, precisamente, le permite cumplirlo.

La indagación psicoanalítica nos ha conducido a descubrir que en el trasfondo de los síndromes gripales se ocultan, reprimidos, sentimientos de una soledad psicofísica que configuran, en su conjunto, esa forma "deprimente" de privación afectiva que denominamos desolación.También, que los trastornos pulmonares esconden un desaliento que nos excluye de coparticipar en la atmósfera de una cordial convivencia.

Precisamente por eso, no puede menos que conmovernos el hecho de que el aislamiento, la prohibición del contacto físico y, sobre todo, la presencia ubicua del barbijo, como procedimientos hacia los cuales nos inclinamos intentando evitar el síndrome gripal y la neumonía, como dos fenómenos privilegiados que se asocian con el coronavirus, agraven, precisamente, como sucede con el jardinero del cuento, la tragedia que procuramos eludir. Ahora, frente al silencio del eterno paisaje romano, una pregunta nos atraviesa el alma: ¿qué designios inconscientes, en el eterno rodar de los siglos,nos conducen hoy, con impensada eficacia, hacia un desenlace triste que nos llena de aprensión?

18

Solo se puede ser siendo con otros

Maurice Maeterlinck escribe que, cuando una abeja sale de la colmena, "se sumerge un instante en el espacio lleno de flores, como el nadador en el océano lleno de perlas; pero, bajo pena de muerte, es menester que a intervalos regulares vuelva a respirar la multitud, lo mismo que el nadador sale a respirar el aire. Aislada, provista de víveres abundantes, y en la temperatura más favorable, expira al cabo de po-cos días, no de hambre ni de frío, sino de soledad".

Las ideas, las emociones y los acontecimientos que recibimos, vivimos y transmitimos parecen provenir de las personas que nos rodean, pero en realidad las "atraviesan", como atraviesan el televisor las ondas que le llegan "desde el aire". "Se quedan" con nosotros, conformando la manera de ser que habitualmente somos, solo aquellas que

"sintonizamos" y que se convierten en las que más nos importan. Lo que considero mi alma (que percibe, piensa, siente, quiere y hace) es solo un reflejo consciente y parcial de esa vida completa que se desarrolla en el imprescindible contacto de mi convivir con otros. Formamos parte de una amplia red multifocal de ele-mentos relacionados que se "copian", se repiten o se reflejan, recíprocamente, desde distintos ángulos.

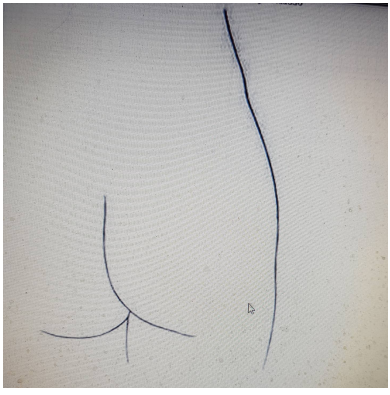
Se trata de una red que funciona porque está "encendida" y algunas de sus partes están "sintonizadas".

Dentro de ella, es posible reconocer las estructuras y los ámbitos parciales que llamamos familia, escuela, trabajo, pueblo, nación y sociedad o, también, el equilibrio del ecosistema de la vida en el planeta. Solo se puede ser siendo con otros. Una persona interesada se vuelve interesante. El origen latino de nuestro castellano "interés" es inter-essere. Por eso puede decirse que cuando alguien tiene un porqué para vivir soporta casi cualquier cómo. Y que la vida de uno mismo es demasiado poco como para que uno le dedique, por completo, su vida.

Las palabras de Maeterlinck con las que iniciamos estas reflexiones nos señalan el peligro al que nos exponemos con la disminución de los contactos interpersonales y con el aislamiento social, empobreciendo nuestro "interés" con una privación muy dura.

19

¿Cómo Picasso pudo trasmitir tanto solo con tres líneas?



La respuesta, sencilla, señala un logro muy difícil: *percibir lo esencial* dentro de una realidad compleja. Lo que Picasso logra con sus dibujos Antonio Porchia lo obtiene, de una manera asombrosa, con sus *Voces,* constituidas por pequeñas sentencias de profundi-dad abismal que han recorrido el mundo traducidas en distintas lenguas. En una de ellas dice: "La razón se pierde razonando", y nos hemos encontrado mu-chas veces con esa forma de una realidad que nos pre-cipita en una gama de acontecimientos que van desde el malestar hasta la tragedia.

Es necesario reconocer que, dentro del prestigio creciente que les fuimos otorgando a las funciones cerebrales, hoy vivimos inmersos en una crisis profunda y ubicua, en la que la racionalidad se

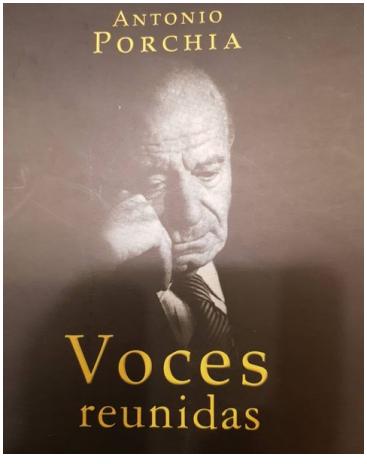
sustituye, con frecuencia, por el uso pervertido de una razón que coincide con lo que el psicoanálisis llama racionalización. Es lo que sucede cuando el pensamiento racional se utiliza para obtener una conclusión acorde con la realización de un deseo o, simplemente, para "tener razón". Suele llegarse así a la situación que Ortega describe de manera magistral cuando señala: "De puro haber perdido hoy todo el mundo la razón, resulta que acaban teniéndola todos, solo que entonces la razón que cada cual tiene no es la suya, sino la que el otro ha perdido".

Reparemos en que, entre los productos irracionales del pensamiento humano, hemos podido distinguir algunos logros ("arracionales") de la ciencia que trascienden la razón y, sin embargo, "funcionan" otorgándonos un nuevo y desconcertante poder tecnológico que profundiza la crisis.

Así vivimos hoy, en una civilización que por primera vez se ha "globalizado", inmersos en un choque brutal entre las necesidades que se asocian con la existencia de una pandemia y las limitaciones que nos impone una "distancia social" cuyas consecuencias, imprevisibles, producen, en el ámbito de una opinión pública mundial sorprendida, atemorizada, dividida y desconcertada, innumerables contradicciones entre los principios que se aducen y las acciones que se adoptan.

20

La multiplicidad del sentido y el malentendido



Porchia escribe: "Lo que dicen las palabras no dura. Duran las palabras. Porque las palabras son siempre las mismas y lo que dicen no es nunca lo mismo". Cuando un ser humano le dice a otro "te amo" o "te odio", ¿qué habrá querido decir? ¿Cuál será el significado que cada uno de ellos les atribuirá dos meses o veinte años después a las palabras de aquella ocasión?

Esa pluralidad de significados (contenida en todos y en cada uno de los enunciados verbales que se pronuncian) puede concluir, operando en la actualidad de un momento, en dos situaciones extremas. Se constituye como una comunidad de sentido producida por lo que ambos interlocutores, recíprocamente, "consienten", o se constituye como un malentendido.

con gran frecuencia que, sin llegar a ese extremo, decimos con las mismas palabras algo diferente.

Tal como Heráclito afirma, nadie se ha bañado dos veces en el mismo río, porque el agua que recorre su cauce trascurre. Dado que las moléculas materiales que constituyen la carne y los huesos de nuestro propio cuerpo se sustituyen en unos pocos meses, también puede decirse que nadie, cuando se contemple en el espejo, se encontrará dos veces con la misma cara.

Importa señalar, volviendo a la polisemia del lenguaje, que nadie, en una segunda lectura (se trate de un libro científico o de una novela), leerá el mismo texto, porque entre la primera y la segunda ocasión uno ha cambiado y "mira con otros ojos" lo que antes ha visto.

Lo que podemos observar en el campo de la relación "tú y yo", tal como se constituye en una sesión psicoanalítica, nos conduce hacia una conclusión. No solo sucede en las discusiones que se establecen en el ámbito de la ciencia o de la política, también surge en las "grietas" que podemos contemplar en cualquiera de las formas de la convivencia que trascurre dentro de una red colectiva.

21

La costumbre no siempre nos ayuda

A una querida colega, le llegó por la red la poesía que aquí reproduzco. Constituye un indicio de que algunas personas registran que la actitud "de rebaño", si bien puede otorgarnos logros que, como la inmunidad, nos protegen, también puede dirigirnos hacia conductas autodestructivas.

Perder el miedo

No me está gustando
que me esté gustando
el quedarme en casa.
Empieza a inquietarme
que ya no me inquiete
la quietud de mi alma.
Me estoy cuestionando
si no es cuestionable
que no me cuestione…
¿Y si el tapaboca
fuera un tapaojos?
¿Y si tanta espuma
la razón lavara?

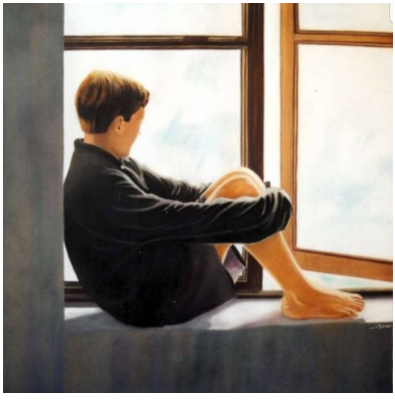
¿Y si las ideas
quedaran diluidas
y se me enjuagaran
otros pensamientos?
Tal vez la prudencia
se ha vuelto imprudente…
El miedo a la vida
se esconde en silencio
pues tiene la excusa
del miedo a la muerte.
Me está dando miedo
el perder el miedo
a perder el miedo.

Gabriela Guiñazú Fader

Dicen que si ponemos una rana en una olla con agua muy caliente rápidamente huye, pero que en cambio, si calentamos el agua lentamente, no logrará escapar. Algo similar ocurre con un pájaro que, confinado durante un tiempo en una jaula, ya no desea salir. Frente a los inevitables daños que la cuarentena en la que vivimos inmersos nos produce, y que todo el mundo admite, conmueve comprobar el escaso poder de convicción que los argumentos esgrimidos alcanzan, en un consenso colectivo que opera emocionalmente sostenido desde una creencia inconsciente.

22

Esto no es vida



Se suele decir "esto no es vida", como si la mala vida no formara parte de la vida, o como si la vida tuviera, por contrato, que ser buena. El sentimiento de que la verdadera vida se encuentra en otra parte nace, muchas veces, como la envidia, de proyectar sobre los otros un goce imaginario. La felicidad se piensa, de ese modo, como una especie de holograma esquivo, inaferrable, que se dibuja con la proyección invertida de nuestro malestar. Algunos ideales pueden ayudarnos a mejorar la vida, pero es necesario distinguirlos de las ilusiones empecinadas que nos alejan de la realidad y la empeoran. Creemos, en primera instancia, que la posibilidad de gozar depende del obtener lo deseado. Depende mucho más, sin embargo, de la capacidad para tolerar la diferencia entre lo esperado y lo obtenido.

Si pensamos que una ruina es una parte que conserva la capacidad de mostrarnos lo que el conjunto fue, o lo que podría haber sido en la plenitud de su forma, vemos que hay una manera de vivir que arruina la vida y un vivir "en forma", en el cual esa plenitud se realiza. Hay pesares y placeres que son efímeros, y otros, como el sufrimiento que acompa-ña a la ruina o como el placer del estar en forma, que son más duraderos. Esta experiencia es la que nos da el buen motivo, el motivo sano, que *vale* la pena, para afrontar el dolor o para postergar el placer, iniciando un proceso de duelo que nos devolverá, a la postre, el placer de vivir en un contexto verosímil.

Hoy, cuando los procedimientos "profilácticos" de la cuarentena, que alteran la cantidad y la calidad de nuestros contactos afectivos, nos obligan a vivir en un mundo carente de alegría, despoblado, deshumanizado y hostil, no podremos emprender el duelo imprescindible que nos devuelve a la vida si nos refugiamos en la cómoda creencia de que solo ha quedado postergado aquello que se ha ido para no volver.

23

Un espíritu gemelo

La red enorme que se construye por medio de Instagram es un ámbito que refleja la colectividad que constituimos al vivir. Allí solo podemos comunicarnos, de manera directa, con algunos pocos. Entre quienes registran lo que exponemos en ese portal, hay algunos que conocemos "en persona". Hay otros, la mayor parte, de los que apenas recibimos emoticones o palabras que no siempre se acompañan con las figuras bidimensionales de sus rostros. Sus mensajes contienen una especie de "aquí estoy, y esto es lo que me surge frente a lo tú has publicado".

La importancia que alcanza en nuestra vida ese intercambio tiene un ingrediente emotivo, que nos explica la ubicua difusión de esa clase de "redes". Pero, junto con el valor que le asignamos, cuando ejercemos esa relación "virtual" se nos despierta, desde el fondo del alma, un deseo de "algo más" que enciende nuestra esperanza y mantiene permeable nuestra conexión con la red.

Un viejo proverbio afirma que uno elige a los amigos, mientras que a nuestra familia nos la manda Dios. Lejos de negar la importancia que posee la fa-milia, en la cual nacen los amores entrañables que nos dejan para siempre un imborrable "rescoldo", preguntémonos qué es lo que el proverbio quiere señalar. Para empezar, es importante subrayar que es muy difícil vivir sin amigos. Que los conflictos más intensos surjan precisamente dentro de esos amores familiares nos permite comprender que, con mayor o menor precocidad, busquemos encontrar, en los amigos, "espíritus gemelos" que nos acompañen en la elaboración de aquellos males que nos precipitan en una sensación de soledad. Es un sentimiento que aumenta o disminuye en el decurso de una misma vida y que recrudece en situaciones como las que hoy atravesamos. El aislamiento y la distancia que la cuarentena produce nos conducen hacia un entorno triste en donde la alegría de vivir se desvanece, y necesitamos, entonces, más que nunca, frecuentar una verdadera amistad. Una de aquellas que, aunque después evolucione, cuando nace adquiere esa forma particular de sintonía que nos ha llevado a hablar de un espíritu gemelo.

24

Usar la vida

Si bien es cierto que, como dice el poeta, "vivir se debe la vida de tal suerte / que viva quede en la muerte", los inmortales versos de Jorge Manrique nos señalan melancólicamente que, "a nuestro parecer, cualquier tiempo que ha pasado fue mejor".

Aunque no está mal que uno "viva", por sus buenas obras, en el recuerdo de otros, si aceptamos que uno ya no existe cuando la muerte llega, lo que sucede con nuestra propia vida luego de haber muerto ya no es asunto de uno. Porque solo podemos sentir, bien o mal, lo que hacemos e hicimos con la vida mientras permanecemos vivos.
Si pensamos, en cambio, que después de haber muerto accedemos a otra forma de vida, nada justifica que posterguemos, para esa "otra vida"

(frente a la cual son muy pocos los que manifiestan un deseo urgente de ingresar, y aun suele discutirse si los asiste un derecho) lo que la vida actual nos propone.

Solemos quejarnos de lo que nos hace la vida, pero olvidamos que eso también depende de la vida que hacemos. Nos olvidamos, además, de que la muerte no se opone a la vida, porque se integra ineludible-mente con ella, como sucede con la enfermedad, dado que vivir y morir forman parte de un mismo proceso que se inicia en la fusión de dos gametos, y que al vivir uno se encamina hacia la muerte.

De allí surge lo que motiva estas palabras y el equívoco que la actual cuarentena ilumina. Es imposible no "gastar" la vida. Una vida que, "dejando de usarla", se podrá desperdiciar, pero nunca detener.

Cuando aceptamos que, más allá de las conductas manifiestamente suicidas, vivir lleva implícito, de manera inevitable, arriesgar la vida; cuando reparamos en que una de cada tres personas muere desarrollando un cáncer, y en que las otras dos también se mueren; cuando comprendemos que no solo importa el cuándo, sino que además, sobre todo, importa el cómo, y cuando nos enteramos de que la iatrogenia mata casi tantas personas como las que mata el cáncer, cabe preguntarse: ¿qué significa "una población de riesgo"?

25

Una carencia oscura

Una persona acude a un médico, porque se siente mal. El médico descubre una carencia que el paciente ignoraba: carece de una vitamina, o de hierro, y el malestar desaparece con una prescripción. Hoy, frente a la cuarentena, se sufre una "carencia psicológica", enorme, que solo oscuramente se presiente y que, al sentir la necesidad de protegerse de un peligro mortal, se suele atribuir a otros motivos.

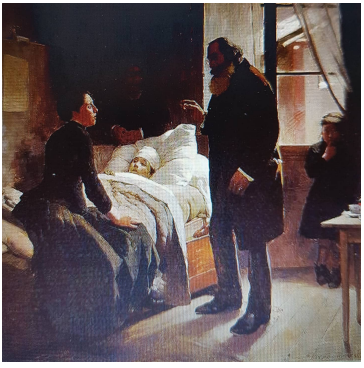
De manera repentina, nuestro mundo ha cambiado. El aislamiento y la "distancia social" (en un confinamiento domiciliario que nos ha obligado a convivir en cercanía, "todo el tiempo", solo con algunos de nuestros familiares) han privado al conjunto entero de nuestras relaciones amistosas del alimento afectivo que le otorgaban la proximidad del contacto y la frecuentación cotidiana.

La idea de un peligro mortal genera, además, una

intransigencia. Independientemente del número de sus integrantes, esta permite que desde la fuerza de una convicción imponga su criterio frente a una mayoría que, dubitativa, no sabe bien a qué atenerse y se refugia, mientras tanto, en la creencia de que la normalidad volverá.
La investigación psicoanalítica nos ha esclarecido que una vez vivimos el prototipo de nuestra situación actual. Recién nacidos, nuestro mundo bruscamente cambió, y frente a la magnitud de la sustitución, la inquietud del "dónde voy" (el bíblico "Quo vadis") nos inundó con una desolación y un desaliento que nos llevaron, como hoy, a contagiarnos la "hostilidad" del entorno.
El movimiento neognóstico surgido en la Universidad de Princeton sostuvo que es tan inútil luchar contra la erosión demagógica como hacerlo con la erosión geológica. Cabe recordarlo cuando nos indignamos con la incoherencia racional que nos rodea.
¿Indignarse, entonces? Sí, pero ¿con quién? Es como enojarse porque, inoportunamente, llueve. Mientras tanto, cuando no esclarecemos nuestras dudas, contribuimos, sea por acción u omisión, en distintas proporciones y maneras, para conformar la opinión pública que sostiene la insensatez que nos abruma.

26

Influencers



Leemos en internet que un *influencer* es una persona que cuenta con una cierta credibilidad sobre un tema concreto y, por su presencia e influencia en redes sociales, puede llegar a convertirse en un prescriptor interesante para una marca.

Aclaremos que prescribir, que por su etimología nos remite a "escribir al principio", y que posee, entre sus significados, el de ordenar o recetar, seguramente alude, en la frase que citamos, a recomendar o aconsejar. En cuanto a la palabra "marca", en ese contexto surge para referirse a un símbolo, muchas veces protegido en un registro, con el cual se pretende informar acerca de la singularidad de un producto o un servicio.

Debemos admitir, sin embargo, que un influencer, más allá de los intereses comerciales que con frecuencia se subrayan, se ha constituido en sí mismo

en una "marca" distintiva que ejerce una influencia fuerte sobre los pensamientos que configuran los valores en el espíritu que impregna la comunidad que habita.

Por eso es importante reparar en un círculo vicio-so que a menudo afecta la salud de las redes (¡o la del periodismo!) y que se establece cuando la condición de *influencer* se adquiere por el procedimiento es-purio de decir, con lamentable ingenio, únicamente aquello que a un número muy grande de personas le agrada escuchar.

Con frecuencia, se llega de ese modo a una situación que se presenta como paradojal, porque los que se convierten en influencers con el procedimiento espurio que recién señalamos reciben del entorno, cuando procuran complacerlo, una influencia mucho mayor que la que sobre ese mismo entorno ejercen.

Recordemos las sabias palabras de Gandhi: "Cuida tus pensamientos, porque se transformarán en actos.

Cuida tus actos, porque se transformarán en hábitos.

Cuida tus hábitos, porque se transformarán en carácter. Cuida tu carácter, porque se transformará en tu destino, y tu destino es tu vida".

27

Tener razón

Hemos subrayado muchas veces (a partir de lo que ha señalado, lúcidamente, José Ortega y Gasset) que no alcanza, para "tener razón", con descubrir la "sinrazón" en que algún otro ha incurrido. ¿No es este, acaso, el torturante e inacabable pantano en el cual muchas veces convivimos, perdurando sin salida en un doliente martirio?

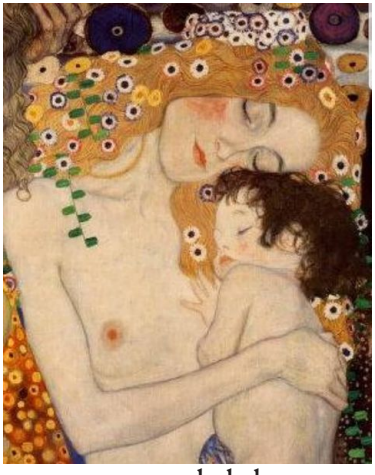
La razón no es algo que se alcanza o que se pierde en el fragor de una contienda en donde vencer llega a ser más importante que preservar la vida. Una vida que, aquí y ahora, y a través de este nuestro actual contacto, se nos presenta, así, como un inacabable conflicto, que llena nuestra convivencia de amores convertidos en sustancias muertas.

La razón no es algo que se tiene o no se tiene, ni es algo que alguien me puede dar o quitar. Es algo que se usa, en cambio, para descubrir lo que no se sabe

y “hace falta” saber. Pero cuando la usamos para defender lo que juzgamos “no negociable”, lo que no queremos ceder y nos conduce a pelear, pensando que el fin justifica los medios, lo que más nos importa ya no es razonar.
Sin embargo, hay algo que, más allá de la pelea, inevitablemente nos mantiene unidos: mientras me necesitas para lo que no quiero, te necesito para lo que tú no quieres. Por eso, con tu ayuda o sin ella, debo buscar, con razón e intuición, lo que es posible contigo, sin aceptar lo malo, por temor a lo peor, y sin rechazar lo bueno, pretendiendo lo mejor.

28

Hombre con el dolor en un brazo



Tal el título de un trabajo que formó parte de un libro acerca de por qué enfermamos.

También se hubiera podido escribir: "El hombre con un dolor en el brazo", pero era necesario subrayar que lo importante no era el hombre, ni el brazo; lo importante era el dolor, que en algún lado tenía que aparecer.

Podríamos incluso decir, a la manera de Porchia: "Todos creemos que nuestro dolor es único, y todos tenemos los mismos dolores".

¿Qué hacemos con ellos? En primer lugar, bien o mal, los sufrimos, acompañados o solos, sintiéndonos, frente a la vida, acreedores y al mismo tiempo deudores. Convencidos, a veces, de que el dolor no nos dejará vivir.

Sabemos que poco a poco las heridas se cierran y que en los días lluviosos, por encima de las nubes

que oscurecen el cielo, brilla, invisible, el sol que ininterrumpidamente nos arroja su calor. Pero también, que "en los días de humedad las cicatrices duelen", y que en esos días tristes en que añoramos el amor que recibimos, buscamos, con pocas espe-ranzas, avivar sus rescoldos.

La vida, nuestra vida, nunca jamás (ya más) se detiene; marcha, incesante, hacia lo que está "porvenir". Si bien es cierto que "mientras hay vida hay esperanza", y que "la esperanza es lo último que se pierde", cada minuto de la vida es una despedida que solo se compensa caminando hacia una nueva adquisición.

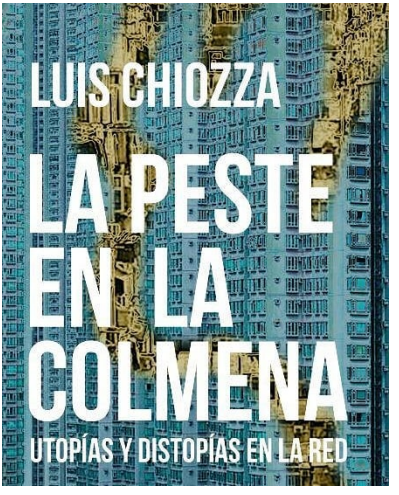
Hasta que un día… la vida… ¡ya no es asunto de uno! Y salimos de ella "sin querer", del mismo modo que entramos.

Mientras tanto, debemos admitir que vivir no solo es disfrutar. También es gestionar inevitables dolores en ese antipático proceso que llamamos duelo. Porque una vez cumplido y realizado, en tiempo y forma, nos devuelve, henchidos de aire, al ruedo de la vida en donde ocurre todo aquello que vale la pena que ocasiona.

Podríamos incluso escribir, parafraseando lo que se lee, según me han dicho, acerca del triunfo y la derrota al entrar en "la arena" de Wimbledon: "Optimismo y pesimismo. ¡Dos grandes impostores!".

29

La peste en la colmena



Hace mucho que sabemos que vivimos en un mundo muy complejo en donde cada cosa que se hace surge influenciada por todas las demás y, al mismo tiempo, las afecta. Pero un asunto es saberlo, y otro, muy distinto, es sufrirlo con semejante ubicuidad. De repente, un día, un acontecimiento singular en un punto cualquiera del planeta condujo a que millones de personas se vieran confinadas y comenzaran a sentir con mayor fuerza que se encontraban inmersas en una crisis global. No solo se dificultaron de una manera "nueva" los actos de la vida espontánea. También se recortaron lazos, se distanciaron afectos y, en medio del desasosiego, surgieron preguntas que procuran identificar culpables.

Lo cierto es que hoy la civilización humana se encuentra con la más desconcertante de las impotencias frente a la magnitud de los desastres que su capacidad produce. La crisis proviene, pues, de que estamos atravesando un crecimiento desigual que nos precipita en un desequilibrio inestable cuyo paradigma son las redes autogestantes y, por lo tanto, imprevisibles, que se multiplican por doquier, plagadas de *fake news,* oscilando entre las inalcanzables utopías y las perturbadoras distopías.

Es preferible evitar el juego interminable que procura identificar culpables, o que se demora contem-plando lo que habría que hacer y no se hace, y se diri-ge hacia lo que más de una centuria de investigación acerca de nuestras motivaciones inconscientes descubre. Porque en la actualidad, gracias a la inusitada capacidad tecnológica alcanzada, no solo logramos mucho de lo que conscientemente queremos. También estamos logrando una parte excesiva de aquello, reprimido o ignorado, que contiene lo peor de nuestra condición humana.

30

¿Un año positivo?

Desde la Asociación en Positivo, con sede en Barcelona, me invitan a un breve comentario para responder a la pregunta: ¿hay algo positivo en este año tan lleno de calamidades? Los inspira la idea de que existe siempre una dualidad que conlleva, en cada suceso, junto con lo malo, algo bueno que nos abre una luz de esperanza.

¿Será cierto lo que dice el proverbio, que "no hay mal que por bien no venga"?

Podemos contemplar de dos maneras distintas lo que hoy nos sucede.

En una de ellas, "pasiva", los acontecimientos (como un conjunto de bolillas blancas y negras sacudidas al azar dentro de un frasco) no surgen de un modo en que se alternan, uno por uno, los buenos y los malos. Podemos pensar, entonces, que atravesamos una mala racha y que hay que tener paciencia y esperar.

En la otra, "activa", debemos enfrentarnos con una interpretación insólita. Hoy sabemos que nada sucede aislado de todo lo demás, así que, mientras

en unos pocos asuntos funcionan las aproximaciones simplificadas, porque en ellas una sola causa predomina, en la inmensa mayoría intervienen tantas que los intentos (sean médicos, económicos o políticos) para resolverlos con una solución parcial empeoran lo que procuran mejorar.

Esa segunda contemplación es actual y es "nueva", ya que permaneció encubierta, porque los éxitos que obtuvimos muchas veces con soluciones parciales nos llevaron a desconocer la existencia de las realidades complejas, en las cuales (como sucede con el ecosistema) los desarrollos unilaterales producen un desequilibrio que perturba gravemente su funcionamiento.

Dicen que en Venecia, mientras se venden 150 magníficos hoteles que nadie procura adquirir, las aguas han dejado de estar contaminadas y vuelven a circular los peces. ¿A qué nos conducirá, pues, lo que hoy, en este año, ha sucedido? Nadie puede saberlo. Pero, en realidad, nunca supimos ni sabremos lo que nos depara el mañana. Sabemos, sí, que hoy, como ayer, hay cosas que logramos, y que vivir es superar dificultades y dolores. El tigre y el eucaliptus lo afrontan con naturalidad; los seres humanos cometemos, muchas veces, el error de considerarlo una injusticia.

31

Un soneto de Borges

De que nada se sabe

La luna ignora que es tranquila y clara
y ni siquiera sabe que es la luna;
la arena que es la arena. No habrá una
cosa que sepa que su forma es rara.

Las piezas de marfil son tan ajena
al abstracto ajedrez como la mano
que las rige. Quizás el destino humano
de breves dichas y de largas penas

es instrumento de otro. Lo ignoramos;
darle nombre de Dios no nos ayuda.
Vanos también son el temor, la duda

y la trunca plegaria que iniciamos.
¿Qué arco habrá arrojado esta saeta
que soy? ¿Qué cumbre puede ser la meta?

32

Hacia un encuentro entre la religión y la ciencia

Pensaron…

Pensaron que un dios llamado Marciano fue creando, como producto de una lenta evolución, las máquinas mineral, vegetal, animal y humana, interrelacionadas entre sí por fenómenos como la fotosíntesis o la fecundación de las flo es por los insectos.

Pensaron que estas funcionaron así, interrelacionadas entre sí, durante milenios, y que una de estas máquinas, el hombre, sintiéndose viva, e incapaz de conocer la fórmula de los circuitos impresos "pensados" por el dios Marciano y que la hicieron posible, tomó a estas fórmulas por sustancias esenciales, "no pensadas", existentes "de por sí" y vacías de la "interioridad" que él poseía.

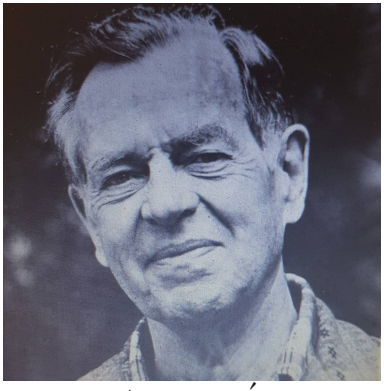
Pensaron que por eso lo asombró al hombre durante un tiempo la "casualidad" de que pudieran inyectarse a un ser humano, y con un efecto defin - do, "transistores" que, como la morfina, provenían de una planta vegetal a la cual este no reconocía del todo como hermana.

Pensaron que esto no había cambiado, que el hombre, un robot capaz de trazar su propio programa, dio en crear a su vez a una máquina llamada cibernética, que estando casi tan "viva" como él lo llevó a sentirse máquina y Dios al mismo tiempo, y a suponer que el mismo Dios habría de preguntarse, cuando observara al hombre, surgido del programa que él mismo humanamente se creaba, cuál sería la fórmula de su propio circuito "divino".

Solo al salir de "las ruinas circulares" pudieron las máquinas comprender que Dios crecía junto con ellas en la estructura del conjunto, al cual ellas iban dando cada vez más vida y más "interioridad", interrelacionadas entre sí. Y que desde la misma intimidad elemental de la trama "mineral y viva" nacían las raíces de Dios junto con ellas, las máquinas, en cada sustancia.

33

Joseph Campbell escribe...



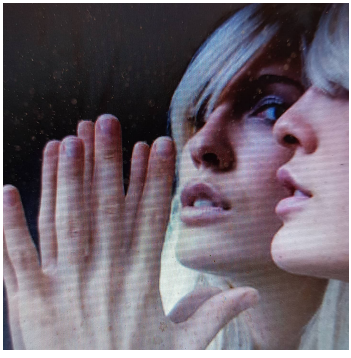
Schopenhauer señala que cuando uno llega a una edad avanzada y evoca su vida, esta parece haber tenido un orden y un plan, como si la hubiera compuesto un novelista. Acontecimientos que en su momento parecían accidentales e irrelevantes se manifiestan como factores indispensables en la composición de una trama coherente. ¿Quién compuso esa trama? Schopenhauer sugiere que, así como nuestros sueños incluyen un aspecto de nosotros mismos que nuestra consciencia desconoce, nuestra vida entera está compuesta por la voluntad que hay dentro de nosotros. Y así como personas a quienes aparentemente solo conocimos por casualidad se convirtieron en agentes decisivos en la estructuración de nuestra vida, también nosotros hemos servido inadvertidamente como agentes,

dando sentido a vidas ajenas. La totalidad de estos elementos se une como una gran sinfonía, y todo estructura inconscientemente todo lo demás; el grandioso sueño de un solo soñador donde todos los personajes del sueño también sueñan. Todo guarda una relación mutua con todo lo demás, así que no podemos culpar a nadie por nada. Es como si hubiera una intención única detrás de todo ello, la cual siempre cobra un cierto sentido, aunque ninguno de nosotros sabe cuál es, o si ha vivido la vida que se proponía.

Más allá de la conmovedora vivencia que las palabras de Campbell despiertan (especialmente cuando se refiere a ese grandioso sueño de un solo soñador que, como un prestidigitador, ha compuesto, de manera inesperada, una trama que "de algún lado" viene), el reconocimiento de las limitaciones reduccionistas, implícitas en una concepción mecánica y "lineal", nos conduce hacia una confluencia de la religión y la ciencia en la cual se modifican recíprocamente.

34

Borges y yo



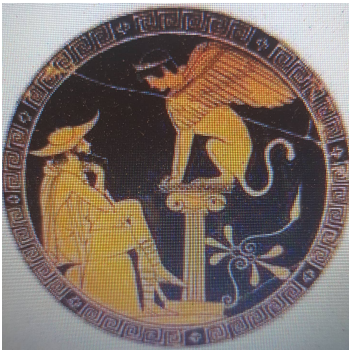
Soy “un punto”, en el universo, ligado indisolublemente con todo lo que existe. Cuando intento contemplarme, lo que registro no es “yo”, porque falta el que contempla. Veamos cómo lo dice Borges en “Borges y yo”:

Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico. Me gustan los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo xvii, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson; el otro comparte esas preferencias, pero de un modo vanidoso que las convierte en atributos de un actor. Sería exagerado afirmar que nuestra

relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que ha logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizá porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición. Por lo demás, yo estoy destinado a perderme, definitivamente, y solo algún instan-te de mí podrá sobrevivir en el otro. Poco a poco voy cediéndole todo, aunque me consta su perversa costumbre de falsear y magnificar. Spinoza enten-dió que todas las cosas quieren perseverar en su ser; la piedra eternamente quiere ser piedra y el tigre un tigre. Yo he de quedar en Borges, no en mí (si es que alguien soy), pero me reconozco menos en sus libros que en muchos otros o que en el laborio-so rasgueo de una guitarra. Hace años yo traté de librarme de él y pasé de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito, pero esos juegos son de Borges ahora y tendré que idear otras cosas. Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro. No sé cuál de los dos escribe esta página.

35

Cuando ganando se pierde



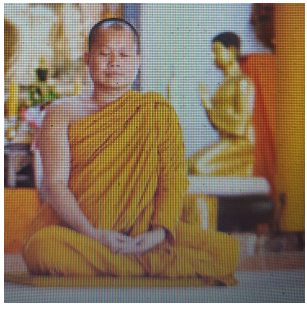
En la encrucijada de dos caminos que solo confluyen por obra de un trágico malentendido perdurable, dos personas se aprestan para entablar una lucha sempiterna que no es juego ni es deporte, aunque los juegos y deportes se desarrollan para representarla cotidianamente.

Una de esas personas recién ha completado la plenitud de sus fuerzas. La otra acaba de llegar al punto en donde comienza su declinación. Nadie sabe lo que sucederá, pero una de ellas (no importa cuál) intuye que luchará para matar, y la otra, que lo hará para morir.

Ambas ignoran, sin embargo, hacia dónde se dirigen, porque el amor existe, y, mientras desean lo que temen, temen lo que desean.

36

La fuerza conmovedora de la fantasía

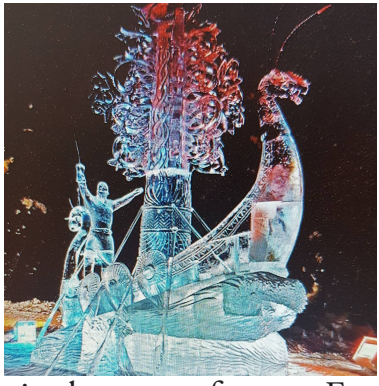


Un koala zen relata que dos monjes, caminando en la ciudad, ven a una joven, primorosamente vestida, indecisa frente a la necesidad de atravesar una zanja cubierta de fango. El más anciano la levanta en brazos para evitar que se ensucie y la deposita en el suelo luego de cruzar el barro.

Muchas horas después, ambos reposan compartiendo una infusión de té, y el más joven le pregunta: "¿No crees que has hecho mal cuando alzaste a esa joven contrariando nuestra prohibición de tocar físicamente a una mujer?". Y el anciano le responde: "Yo la dejé esta mañana del otro lado de la calle. ¿Tú todavía la llevas contigo?".

37

Esculturas con dinámicas disímiles



En los países con inviernos muy fríos, algunos artistas esculpen figuras en el hielo que perduran hasta que la temperatura del ambiente las derrite. Allí, antes que la materia que las constituye, lo que se pierde es su forma. En la fuente de Montjuic, que funciona en Barcelona, diseñada y construida por el arquitecto Carles Buïges, sucede precisamen-te lo contrario. Las figuras que trazan los juegos de agua iluminados por luces de distintos colores "permanecen en el aire" de tal modo que podemos fo-tografiarlas y olvidarnos de que las moléculas del líquido que constituye su existencia material circu-lan dentro de ellas velozmente sustituidas en fracciones de segundo.

Algo similar ocurre en el vórtice que se observa muchas veces, junto al desagüe, cuando un lavatorio se vacía, pero es importante consignar ahora

que, para que ese vórtice subsista, debe participar toda el agua que llena el recipiente. Cuando vemos un tornado que se acerca como una formación visible, gris y amenazante, también tendemos a creer que esa columna gris "es el tornado", y sin embargo una casa se deshace en pedazos cien metros antes de que la columna llegue.

Marcando con carbono radioactivo los átomos que constituyen un organismo biológico (con su metabolismo, sus órganos, su evolución y sus malformaciones), comprobamos que lo que persiste a través de los años es su forma, nunca su materia (que se sustituye por completo en unos pocos meses).

Muy pocas veces reparamos en que esa forma perdurable (que no reside únicamente en su cerebro) coincide con lo que el psicoanálisis denomina ideas (o fantasías) inconscientes.

38

Uno para todos y todos para uno

Los estorninos no solo vuelan en bandadas multitudinarias que los protegen de sus depredadores, sino que además las formas que adquieren en conjunto facilitan el esfuerzo que demanda el traslado migratorio. Las figuras que trazan en el cielo impresionan como las que corresponden a un solo organismo, que se transforma velozmente, integrado por partículas dinámicas que jamás colisionan entre sí.

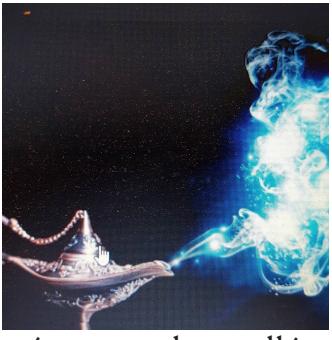
Dentro de la profunda e inevitable transformación en la que hoy vivimos inmersos, y que se manifiesta como una multiplicación creciente de sucesos infaus-tos, nos queda cada vez más claro que *solo se puede ser siendo con otros, y que la vida de uno no es un motivo suficiente como para que le dediquemos, por completo, todo lo que en ella hacemos*. Cada uno de nosotros, entonces, necesita preguntarse auténticamente, "en serio", para qué y para quién está viviendo.

Si no queremos resignarnos a sobrevivir persiguiendo un bienestar ilusorio, debemos comprender que, con la satisfacción de los apetitos, aun sien-do mayúscula, no alcanza. Necesitamos una nueva

religión que armonice con una ciencia nueva, y para encontrarlas precisamos trascender las metas patéticas en las que desembocaron Edipo, Narciso y Prometeo; como los estorninos, nos hace falta reconocer nuestro lugar en la bandada que atraviesa el cielo.

39

El alma no habita en el espacio...



El alma no nace, ni habita, en el cerebro; es la vida que "anima" nuestro cuerpo entero.

Se oye a menudo, incluso por boca de académicos con bien merecidos laureles (representantes egregios de la ciencia y la maravillosa tecnología que se desarrolló en la "edad moderna"), que las funciones cerebrales producen lo que denominamos psiquis. Espontáneamente, imaginamos que la consciencia reside en la cabeza, detrás de los ojos. Se ha llegado inclusive a suponer que, si logramos transferir nuestro cerebro a un robot de plástico y acero, seremos inmortales.

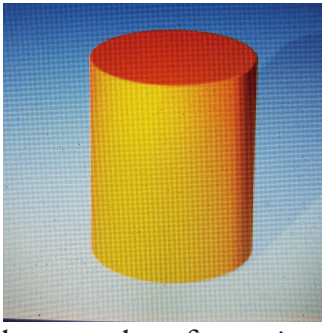
Desde hace algunos decenios, nos preocupa que el poder de la informática, infiltrado por un espíritu maligno y liberado de la influencia humana, nos trasforme en sus esclavos o sencillamente nos destruya. Tanto Norbert Wiener, el creador de la cibernética (en Dios y Golem, S.A.), como Joseph

Weizenbaum (en La frontera entre el ordenador y la mente) nos han explicado de manera elocuente que el programa cibernético no procede con malicia.

Nunca podrá comprender los significados de los pensamientos y de lo que los humanos dicen, por una razón muy simple: carece de la carne que confi-gura nuestro cuerpo. Para comprender lo que significa un dolor de oídos, el robot debería poseer un oído como el nuestro y que alguna vez le haya dolido. Un breve y humorístico relato puede ilustrarlo. Un sediento caminante del desierto se encuentra con el genio de la lámpara de Aladino dispuesto a concederle tres deseos. Pide que no le falte agua, también quiere ser blanco y que las mujeres se desnuden siempre en su presencia. El genio, solícito, lo trasforma en un bidé.

40

Un desvío inadecuado, un cilindro inaccesible



Si dos seres bidimensionales es que no conciben una tercera dimensión contemplaran un cilindro, y uno lo viera desde una punta y el otro, desde un costado, el primero diría que está en presencia de un círculo, y el segundo afirmaría, con idéntica certeza, que está viendo un rectángulo. Dado que el volumen del cilindro constituye para ellos una realidad inconcebible, ambos, defendiendo lo que les testimonian sus sentidos, se encontrarían divididos por una "grieta" sin remedio.

De más está decir que la intervención de un mediador "ecléctico" que procurara cerrar la brecha convenciéndolos de que se trata de un óvalo solo introduciría un lamentable convenio que obstruiría un descubrimiento importante.

Sabemos que la tecnología (gps incluido) que hoy

determina el mundo que habitamos proviene del haber concebido un universo "cuatridimensional". Mientras tanto, nuestra "realidad" cotidiana trascurre impregnada por las imágenes intuitivas de un espacio tridimensional y un tiempo "independiente" que el reloj divide en horas que solo "objetivamente" son iguales.

Es cierto que la crisis que hoy afecta nuestras vidas de manera progresiva y mayúscula no depende únicamente de los logros de la física, relativista o cuántica, que, operando en un mundo construido y estructurado sobre otros parámetros, lo desorganizan. Deriva sobre todo de una mutación de la consciencia que proviene del conjunto entero de los desarrollos culturales que influyen en el pensamiento humano. Sin embargo, si nos conformamos con el modelo esquemático y burdo de los seres bidimensionales y el cilindro, presentarla como una desorientación "dimensional" no solo nos ayuda a comprenderla. También nos permite descubrir (y es esto lo más importante) que las soluciones inútiles que cotidianamente nos ofrecen un ovalo nos alejan de un modo peligroso del camino que necesitamos recorrer.

41

Morir

Hoy la civilización humana atraviesa una extrañísima forma de pandemia que, más allá de las precauciones epidemiológicas sensatas, procura decidirnos, bajo el designio de evitar la muerte, a renunciar al desarrollo de una vida plena, una vida que nos conduce a reunirnos para compartir el contacto y los afectos que nos llenan de amor. Cabe preguntarse, entonces: ¿qué significa morir?

Al verbo morir solemos atribuirle tres significados. En el primero, aludimos a un proceso compuesto por acciones y sucesos que impiden que nuestra vida prosiga. En el segundo, al producto de un proceso más o menos largo que culmina (como sucede al nacer) en un tiempo breve. En el tercero, a un proceso que dura lo que dura la vida; un proceso que solo se puede realizar viviendo y que, viviendo, inevitablemente se realiza.

Quienes, procurando postergar su muerte hasta un futuro lejano, introducen en su vida ese fantasma nos recuerdan las palabras de un poeta que nos testi-monia que una tal convocatoria cotidiana no vale la pena que ocasiona: "No son los muertos los que en presunta calma / la paz disfrutan de la tumba fría. / Muertos son los que llevan muerta el alma, / y aún viven todavía".

Recordemos, por fin, los versos de Santa Teresa de Jesús: "Vivir se debe la vida de tal suerte / que viva quede en la muerte".

42

En la melancolía se oculta una fobia

¿Por qué razón absurda pero fuerte,
en la añoranza de una vez primera,
se prefigura el triunfo de la mue te,
y lo imposible me obliga a que lo quiera?

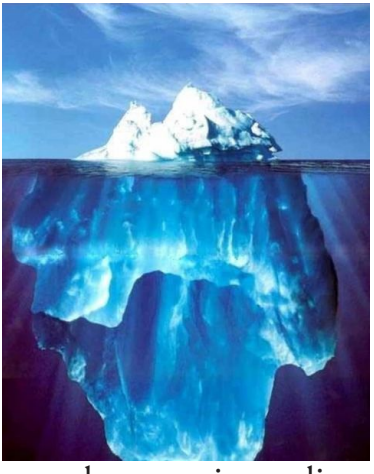
¿Por qué debo querer lo que ya ha sido,
si lo que ha sido ha sido sin querer?
¿Por qué, entonces, frente al tiempo que se ha ido,
finjo que er lo que no pudo ser?

Si cuando encuentro tu mirada,
frente al mañana me escapo en el ayer,
¿qué le pasa a mi alma subyugada,
que solo lo que ha visto anhela ver?

Recordemos los versos que, hace más de dos mil años, escribió Horacio en latín: "Feliz es el hombre bien templado / que del hoy se hace dueño indiscutido, / que al mañana increparle puede osado: / 'Extrema tu rigor, que hoy he vivido'".

43

Casi todo permanece oculto



Los significados que en una persona constituyen el sentido de su vida trascurren, como un iceberg, porque ella solo puede "divisar" una parte muy pequeña del conjunto que en cada instante configuran, aunque siempre algo más puede intuir. A veces, cuando un psicoanalista habla (y lo mismo vale para cualquier otro interlocutor), "ya sabe" que lo que va a decir no puede "pasar" a través del pequeño resquicio que su paciente está dispuesto a concederle. En ese caso, es mejor intentar la permeabilidad de otro camino o esperar.

44

Fue sin querer

"Fue sin querer" (o "no lo hice a propósito") suele ser lo que alguien dice o piensa cuando vuelca con el codo el contenido de su taza de café, arruinando un documento. A pesar de que Freud "descubrió" que los actos fallidos ocultan el triunfo exitoso de un deseo inconsciente, sigue siendo cierto que si ese de-seo fue reprimido es porque la persona que en algún momento lo ha sentido quiere evitar que se realice. También es cierto que una cosa es reprimir y otra es inhibir, y que la represión no siempre alcanza para impedir que determinados actos se realicen. Por eso, suele decirse que "de personas con buenas intenciones está empedrado el camino que conduce al infierno". ¿En qué quedamos, pues? ¿Cuando los enfermos psicóticos cometen un delito son inimputables y deben ser internados en un sanatorio para recibir tratamiento psiquiátrico, y cuando se trata de episodios

psicopáticos o neuróticos de las personas consideradas normales se los debe recluir en la cárcel?

Mariano Moreno, nuestro prócer, sostuvo que las cárceles deben existir para proteger a la sociedad, y no para el castigo de los reos en ella recluidos. Sin embargo, y a pesar de que la amenaza del castigo nunca ha sido suficiente para disuadir del crimen, gracias a la vigencia de los sentimientos vengativos, el que ha sido brutalmente agredido suele desear que su agresor "se pudra" en la cárcel.

No deberíamos malentender a Freud. Si bien es legítimo ser juzgado ante la posibilidad de repetir la realización de actos inconscientes que no son deliberados, una cosa es recluir y otra, castigar. A pesar de que el ello, el superyó y aun el yo inconsciente de una persona forman parte del "entorno" que (desde "su" inconsciente) la conforma en su yo coherente, influyendo permanentemente sobre ella (y lo mismo sucede con su grupo de pertenencia o su familia), ninguno de esos integrantes es realmente su-yo.

45

COVID-19: ¿FENÓMENO BIOLÓGICO O SOCIAL?

Podemos decir que, frente al contacto con el covid-19, suceden esquemáticamente cuatro desenlaces. Algunas personas no se contagian; otras se contagian, pero no se enferman. Entre las que se enferman, algunas tienen trastornos, leves o graves, y se curan, y otras mueren.

Dado que esos distintos desenlaces trascurren con un mismo virus que, para colmo, se sostiene que no constituye un ser viviente, no cabe duda de que esos destinos diferentes no dependen de él, sino del huésped, y allí, en el huésped, de otro factor que, en términos groseros, caracterizamos como sistema inmunitario.

¿De qué depende, entonces, que el sistema inmunitario de un organismo le permita incorporar un virus que lo daña y que, en sí mismo, es inerte? Además de las enfermedades previas que disminuyen la vitalidad, desde hace mucho sabemos que el estado de ánimo influye sobre la capacidad inmunitaria. Tal vez por esa influencia comiencen a enfermarse los niños. Sin embargo, hemos descuidado la incidencia de este factor en la pandemia, al establecer las disposiciones que rigen en las distintas cuarentenas. Aquello que, mientras tanto, hemos explorado es la posibilidad de aumentar la inmunidad mediante vacunas que di-fieren entre sí y cuyos efectos solo pudimos observar durante un tiempo breve.

Reparemos en que el término fenómeno (que deriva de una palabra griega que significa apariencia, manifestación) es el aspecto que las cosas ofrecen ante nuestros sentidos; es decir, el primer contacto que tenemos con las cosas, en lo que denominamos experiencia o consciencia.

¿Cómo será recordado el covid-19 cuando otros acontecimientos ocupen nuestra atención predominante? ¿Como un fenómeno biológico generado por un trozo de adn que carece de vida y, por consiguiente, de intenciones, o como un fenómeno psíquico colectivo y complejo, en el que ingresamos durante un período de caos progresivo que transformó la estructura de nuestra sociedad?

46

Autoridad e ignorancia

Podemos distinguir a un cocinero excepcional (que no abunda) de uno muy satisfactorio (que no es tan difícil de encontrar) entre una cantidad de personas que solo pueden preparar comidas muy rudimentarias. Nadie diría que es más fácil pensar que cocinar, y sin embargo, dado que asumimos que pensar "es un derecho inalienable", nos cuesta admitir que el pensamiento, como todas las actividades humanas, se ejerce en distintos individuos con grados muy diferentes de capacidad.

La cuestión se complica cuando un "especialista" que se ha ganado bien merecidos laureles en alguna disciplina del conocimiento, o de la habilidad, ingresa, desde su reconocida autoridad, en el autoritarismo, propagando mal fundadas conclusiones en campos muy lejanos de aquellos en los cuales ha ejercido con plena competencia su cualidad de autor.

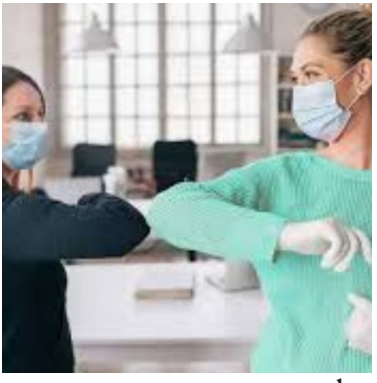
Se trata de un problema que ha existido siempre, pero nunca como hoy. Luego de los éxitos de la tecnología en la solución de lo que puede ser resuelto con aproximaciones "lineales" (ya que puede ser reconocido como la consecuencia de una causa "principal"), nos enfrentamos actualmente con los enormes fracasos que ocurren cuando intentamos resolver las situaciones complejas con soluciones parciales (sectoriales) que, menospreciando la multipli-cidad de factores, siempre empeoran lo que procuran mejorar.

Sin embargo, cuando un eximio cirujano comete groseras equivocaciones opinando con la seguridad de un catedrático sobre el resultado de un partido de fútbol o acerca de una decisión política, lo que ocurre no solo sucede por las dificultades que surgen de la complejidad. *Lo mal-pensado surge, muchas veces, porque emocionalmente nos conforma.* Tenemos miles de palabras para designar los objetos, y solo poquísimas para denominar nuestras emociones. Es muy raro que una persona pueda, de pronto, nombrar más de quince sentimientos.

La humanidad ha puesto sus pies en la luna con increíble precisión, pero seguimos sufriendo por los cuatro gigantes (envidia, culpa, celos y rivalidad) que conmovían a los habitantes de una pequeña aldea en los tiempos de Shakespeare. Los mismos que los griegos supieron describir.

47

Dos interpretaciones acerca de la pandemia



Escuchamos todos los días que el covid-19, un virus de origen incierto, está ocasionando estragos de muy distinta gravedad en la salud de algunas personas. Se trata, además, de un virus que muta adquiriendo distintos *targets* en personas cada vez más jóvenes, mientras aumenta su velocidad de propaga-ción. De hecho, es difícil saber sobre qué cepa y con qué grado de éxito se está vacunando. El covid-19 queda entonces identificado (no siempre a sabiendas de que eso sucede) como un constituyente, ingenioso y maligno, que procura difundirse dentro de nuestra convivencia colectiva.

Sin embargo, si exploramos lo que opina la mayoría de los biólogos de nuestra época, nos enteraremos de que se sostiene que un virus no es un ser viviente, sino un trozo de adn que por sí solo no puede salir de su inercia. De hecho, el lenguaje médico sostiene

desde antiguo que las enfermedades se "contraen" en el contacto con los gérmenes y que, si un paciente "hizo" una enfermedad, es porque se "agarró" un virus. Pero, si las cosas son así, ¿de qué motivaciones inconscientes, que solo en parte conocemos, depen-de semejante propagación de una pandemia que tan-ta gente se "agarra"?

Sea cual fuere la interpretación que aceptemos, entre las dos alternativas es evidente que, para completar lo que la biología hoy apenas vislumbra, necesitamos investigar mucho todavía en el terreno de otras disciplinas como la psicosomatología, la sociología, la economía y la política. *Solo un aumento en nuestra posibilidad de saber nos podría devolver al menos una parte de la libertad que perdimos y anhelamos.*

48

Defender lo indefendible

Puede comprobarse, sin lugar a dudas, que en nuestra convivencia lo que hoy predomina es un gran desacuerdo colectivo en donde todo el mundo defiende indignado razones absurdas que considera indiscutibles. Si observamos con atención, veremos además que, para colmo, es muy común que cuando dos personas coinciden en sus conclusiones no lo hagan apoyándose en las mismas razones. ¿Por qué razón absurda, pero fuerte, subsiste hoy un desacuerdo y un desorden tan grande en un contexto tan desconcertante?

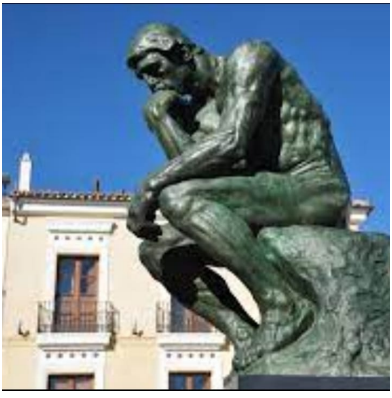
Tal vez sea posible comprender algo acerca de esa situación general si tenemos en cuenta, por ejemplo, que muchas personas hoy se debaten en un grado enorme de desesperación frente a una alternativa que nace, por un lado, como un creciente pánico a la

muerte y, por el otro, como la amenaza del hambre familiar y de la indignidad que surge de no encontrar trabajo. Aferrarse, entonces, a un pensamiento concreto, por más discutible que en el fondo el argumento sea, será, para quienes así lo prefieren, la única posibilidad de sentirse un poco menos perdidos.

Y, sin embargo, sigue formando parte de una realidad incontrovertible el hecho de que solo en la medida que toleramos acercarnos a la verdad adquirimos una cierta chance de no empeorar lo que procuramos mejorar.

49

En el fondo, sabemos



En una muy buena película *(Perfume de mujer),* el protagonista (Al Pacino), un militar que se ha quedado ciego y gravemente afectado en su carácter y en su estado de ánimo, cierra el filme con un discurso brillante (en el que defiende a un joven que se ha ganado su respeto y su cariño) diciendo: "Siempre supe lo que tenía que hacer y nunca lo hice".

Casi sesenta años de práctica psicoanalítica constante me han convencido, cada vez con mayor fuerza, de que en el fondo de nuestros corazones siempre sabemos por dónde pasa la verdad más esencial de nuestra vida, una verdad capaz de trascender ese temor a la muerte que hoy se ha extendido demasiado. También me han convencido de que cometemos casi siempre el desatino de quedar atrapados en un "frente" constituido por un amplio repertorio de peleas

superficiales, arruinando nuestra vida cotidiana con esas perversas distracciones.Llegamos a descubrir, entonces, que abandonar *esas "entretenidas" peleas cotidianas bien vale la pena que nos ocasiona el renunciar a ellas, para poder enfrentar con determinación y valentía el trabajo esencial que nos espera, que consiste en armonizar nuestra existencia con la de los seres que otorgan significado a nuestra vida.*

50

El valor de la esperanza

Frente a lo que ahora nos sucede como ¿qué será lo que logremos?

Solemos debatirnos entre el temor a la condena por las cosas que vivimos y el anhelo de quedar "ab-sueltos" de cargos e imputaciones. Mientras tanto, vale la pena que ocasiona meditar sobre qué es lo que intentamos para salir de nuestro encierro.

El grueso de nuestras actividades humanas se ha dividido siempre entre *física e historia.* Sin embargo, no cabe duda de que en un contexto en el que cada vez se leen menos libros que no se ocupen de una radical actualidad separada de su contexto histórico (trascendente y genuino), se está perdiendo precisamente, frente a los excesos unilaterales en los que hoy incurre la técnica, lo que se necesita rescatar. Se trata de eso que una vez Pedro Laín Entralgo denominó "voluntad de plenitud histórica".

Señalemos la importancia del dicho: los pueblos

que no recuerdan (interpretando acertadamente) su historia están condenados a repetirla con todos sus errores. Es aquí en donde nos encontramos, por fin, con la sabiduría que acerca de la historia nos ha re-galado el psicoanálisis nacido de la intuición de su creador. Se repite en lugar de recordar, dirá Freud, y *lo que sucede con los pueblos "condenados" nos suce-de también como personas "recluidas" en la intimidad de algo reprimido que nos obliga a vivir psíquicamente "aislados y a distancia" de nuestros afectos más entraña-bles, muy lejos de la alegría de vivir que hoy se nos ha perdido, hundiéndonos en una tristeza inevitable.*

Pero podemos desear. Y si es cierto que mientras hay vida hay esperanza, y que la esperanza es lo último que se pierde, es posible que también sea cierto que tal vez se divise una pequeña luz en el fondo del túnel.

51

La importancia de pertenecer

"Ponerse la camiseta" es asumir una manera de ser y proceder que implica una pertenencia.

Un gran humorista italiano, hablando de Berlusconi, sostuvo: "A mí no me preocupa Berlusconi en sí mismo, me preocupa, en cambio, Berlusconi en mí mismo". Es obvio que, haciendo acopio de todo su valor, intentaba asumir su manera de ser y proceder.

Cuáles deberían ser, entonces, las actividades que hoy se definen equívocamente como esenciales en los distintos sectores de un entramado cotidiano que no puede detenerse. En cuanto a la tarea del médico, como actividad esencial, sabemos que el diagnóstico y el pronóstico son dos grandes simplificaciones en las cuales, muchas veces, no podemos evitar incurrir.

Pero también sabemos que no toda actividad terapéu-tica se puede poner en un frasco ni en el maletín de una ambulancia.
Hoy, cuando las soluciones parciales aumentan el caos que procuramos mejorar, necesitamos, como nunca antes, acrecentar nuestra serenidad y sensatez. Necesitamos también descubrir que no todo lo que decimos y oímos es verdad. Debemos reconocer que hoy están muriendo pacientes infectados con otras patologías que en la actualidad no se computan, *desplazando todo el terror sobre el COVID-19.*

En un mundo tan agrietado como este en el que hoy vivimos, nos encontramos con que *hay dos maneras de morir. Una, "normal", que ha existido desde que el mundo es mundo. La otra es horrible, porque, "herido de muerte", consiste en vivir con la sensación ominosa de haber sido por fin condenado sin apelación posible.*

Y sin embargo sigue siendo cierto que evitar la muerte no da significado a la vida y que la satisfacción, banal, de nuestros apetitos privados de nuestra vocación de trascendencia tampoco alcanzaría para darnos la plenitud de un sentido que pueda entusiasmar nuestro inmediato futuro.

52

Ver con otros ojos
lo que estamos viviendo

Si colocamos en un frasco de vidrio transparente cincuenta bolillas blancas y otras cincuenta negras, y lo sacudimos para que se mezclen entre sí, veremos que las bolillas jamás se distribuirán de un modo homogéneo en el cual, rodeando a cada una, se en-cuentre otra de distinto color. Lo que sucede siempre es muy diferente. Hay zonas con una gran densidad "poblacional" de un mismo color, y otras en donde algo parecido ocurre con el color opuesto. Así acaece con los acontecimientos que en nuestra vida trascu-rren. No se concatenan en series ordenadas, sino que se presentan como grupos de acontecimientos que denominamos "rachas".

Podemos referirnos a eso mismo de distinta manera. Solemos vivir imaginando, una y otra vez, que

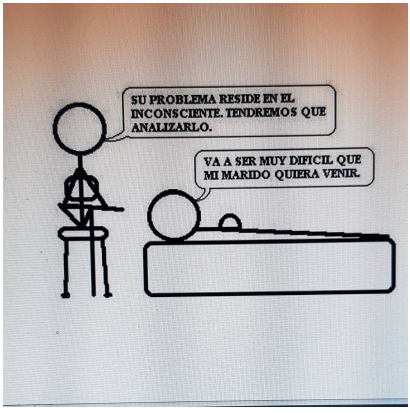
hay acontecimientos que "nos están esperando". Lo hacemos cotidianamente, pero la experiencia enseña que eso que tanto tememos muy pocas veces realmente sucede, aunque, claro está, pueda tal vez ocurrir un acontecimiento "peor" sobre el que nunca pensamos. ¿En qué vale, pues, "quedarse con ese fan-tasma" imaginando algo que en la inmensa mayoría de los casos nunca será? Una cosa es segura: de esa actitud nace, precisamente, una cierta predisposición a vivir en una torturante inquietud persistente.

Pero veamos la misma cuestión desde otro ángulo. Contemplemos "desde afuera" de nuestra inquietud, es decir, con otros ojos, lo que estamos viviendo y preguntémonos, "desde allí", si lo que ocurre en la cotidiana realidad de la vida es "en verdad" tan malo. ¿Se puede, acaso, afirmar sin dudas que eso "tan malo" es real? Si recorremos ese camino dispuestos a asumir con coraje lo que las cosas son, descubriremos muy pronto que esa *realidad que en sí misma no trascurre habitada por intenciones oscuras existe "por sí misma" pletórica de acontecimientos que no son malignos y no nos pide permiso para existir. Sencillamente "es así" y está llena de cosas hermosas que, a despecho de nuestras aprensiones, "una por una" y todas juntas, funcionan muy bien.*

Señalemos, por fin, que "impacientarse" es un acto perverso que, intentando deshacer la paciencia, deshace la normal continuidad de la vida.

53

Para ver es necesario creer



Todo médico de experiencia sabe que, frente a la actitud de un enfermo que le manifiesta que no seguirá su consejo, es mejor que renuncie a seguir atendiéndolo y le aclare que en esas condiciones no continuará el tratamiento. Lo adecuado será que se dirija a otro médico acorde con sus expectativas. También sabe que de ese modo evitará exponerse a una situa-ción frustrante y tóxica que es mejor evitar, porque aprendió con los años que, *para que un enfermo me-jore, es imprescindible que deposite en el profesional que lo atiende una dosis de confianza sin la cual el progreso se torna ilusorio.*

Algo totalmente análogo ocurre durante el tratamiento psicoanalítico. Si el paciente no logra transferir sobre su psicoterapeuta una cierta dosis impres-

cindible de esa confianza, será para ese profesional un enfermo incurable que es necesario evitar para trabajar "en salud". Precisamente por eso es completamente lícito que el psicoanalista le proponga que intente, como condición definitiva para continuar con la cura, depositar en el terapeuta una cierta dosis de esa necesaria confianza y que le exprese que, si a pesar de intentarlo no logra alcanzarlo, será preferible que se oriente en otra dirección.

54

La confianza ciega

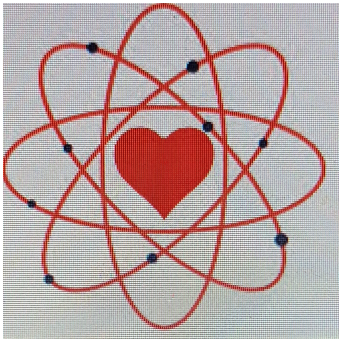
Acerca de la confianza depositada en el médico o en el psicoanalista, en ausencia de la cual todo progreso es ilusorio, veamos este mismo tema con la conmovedora fuerza que le otorgan los versos de un poeta italiano, Trilussa. Es notable que fueran repeti-dos textualmente por el papa Giovanni Paulo I fren-te a una histórica audiencia, tal como lo consigna el periodista Gianluca Giorgio (en *ACI Stampa*).

> Quella vecchietta cieca, che incontrai
> la notte che me spersi in mezzo ar bosco,
> me disse: —Se la strada nun la sai,
> te ciaccompagno io, ché la conosco.
> Se ciai la forza de venimme appresso,
> di tanto in tanto te darò 'na voce,
> fino là in fonno, dove c'è la Croce…
> Io risposi: —Sarà… ma trovo strano
> che me possa guidà chi nun ce vede…—
> La cieca allora me pijò la mano
> e sospirò: —Cammina! —Era la Fede.

[La viejita ciega que encontré
la noche que en el bosque me perdí
me dijo: —Si no conoces el camino,
yo que lo conozco te acompaño.
Si para seguirme tienes fuerza,
de tanto en tanto algo te diré
en el fondo, donde hay un ciprés,
en la cima, donde está la Cruz…
Le respondí: —Puede ser… Me extraña
que me pueda guiar quien nada ve…—
La ciega entonces me tomó la mano
Y suspiró: —¡Camina! —Era la Fe.]

55

El poder transformador del amor



A menudo nos quejamos de los defectos que encontramos en las personas con las que convivimos y que nos otorgan siempre una explicación coherente para el origen de las innumerables frustraciones que sufrimos. Más allá de que las quejas casi nunca nos conducen a obtener el alivio que reclaman, es fácil constatar que muy pronto constituyen, junto con los reproches y reclamos que con frecuencia las acompañan, un vicio pernicioso que, erotizado, se transforma en una satisfacción encubierta y espuria. Vale la pena repetirlo: *erotizar la amargura constituye un mal negocio*.

Cabe preguntarse ahora cuál es la alternativa si, convencidos de cuanto hemos dicho, decidimos renunciar a una actitud que reconocemos como perniciosa, para alcanzar una posición más saludable que nos ofrezca la posibilidad de recuperar el bienestar perdido.

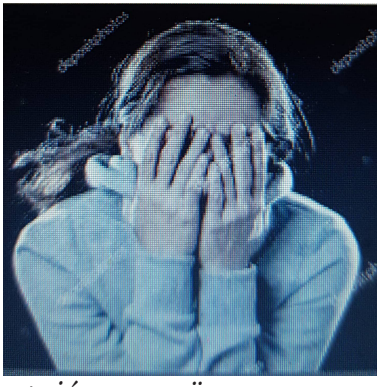
Cambiando por completo el cuadrante desde donde contemplamos lo que nos hace la vida que hacemos en la actualidad del presente que estamos viviendo, nos encontramos con una frase de Goethe que nos otorga un panorama distinto que logra ser, finalmente, un valioso y saludable recurso: "Trata a las personas —sostuvo— como si fueran lo que tú deseas que sean, y tenderán a transformarse en eso que deseas".

Si logramos que ese *re-curso, hacia otra meta, de los actos que se ejercen sobreviva frente al ataque de nuestra incredulidad, encontraremos que, insospechadamente, "funciona", y que la magia de Goethe se conforma con su sabiduría en acción.*

¡Se trata, en última instancia, del poder transformador del amor!

56

El ser y el proceder de los padres



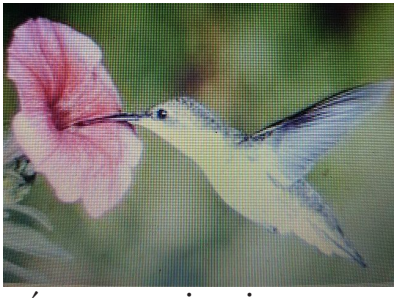
Todos, desde nuestra posición de hijos, sabemos por experiencia propia que una vez abandonada la tierna infancia hemos llegado a sentir, frente a la manera de ser y proceder de nuestros padres, alguna vez por lo menos, decepción y vergüenza.

Si cupiera alguna duda acerca de la universalidad de tales sentimientos, bastaría con constatar nuestro íntimo acuerdo con una conocida frase de Mark Twain. Sostenía que, cuando tenía ocho años, sentía que su padre era un ídolo. Luego, a los dieciocho, pensaba que era un idiota. Necesitó llegar a los ochenta para comprender que su progenitor era solamente un hombre.

Tal como lo afi ma Mark Twain, solo se trataba de un hombre en el cual, inevitablemente, se entremezclaban virtudes y defectos. Para llegar a comprenderlo, él tuvo que alcanzar, sorteando las peripecias de la vida, la experiencia de vivir ochenta.

57

La sabiduría de un universo que funciona



Fred Hoyle, el insigne astrónomo inglés, escribió dos versiones acerca de la existencia de un universo inteligente dotado con una sabiduría que misteriosamente "funciona" sin pedirnos permiso. Una de ellas, en colaboración con Nalin Chandra Wickramasinghe, está dirigida a sus colegas. La otra está destinada a la gente en general, carente de una formación en la materia. Sus conclusiones concuer-dan con la tesis que, desde diversos ángulos, se con-figura a través de lo que sostiene un grupo de auto-res que nos ofrecen en su conjunto una imagen muy distinta a la que emanaba de aquello que, hasta hace unas pocas décadas, se enseñaba en los colegios. Es imprescindible recurrir a lo que dicen, aunque sea brevemente.

En primer lugar, tres pioneros. Por un lado, Erwin Schrödinger, cuando aclara que, si la palabra "universo" designa el conjunto completo de todo lo que hay, basta la experiencia propia para afirmar que en el universo hay consciencia. Por otro, Lewis Thomas y James Lovelock, quienes sostienen que el planeta Tierra (hipótesis Gaia) posee todas las cualidades de un organismo vivo.

Cabe mencionar luego los trabajos de Lyn Margulis, acerca de la universalidad de la consciencia como una característica inseparable de la vida, y los conmovedores desarrollos de Stephan Harding, expuestos de manera impecable en su libro *Tierra animada,* es decir, Tierra con alma.

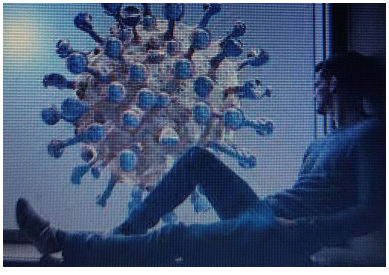
Por último, llegamos a Ilya Prigogine. Al afirmar que la vida transcurre, en un equilibrio inestable, en el borde que separa el orden de caos, sostiene que del caos vuelve a surgir un orden nuevo.

A través del camino recorrido, comprendemos que *el picaflor y el vegetal que, en el fondo de su corola, le ofrece el néctar a cambio de su fecundación, ignoran los pormenores de la sabiduría del universo inteligente que los reúne en un acto trascendente a cuya trascendencia no tienen acceso.*

Así vivimos tú y yo, "sin saber", como el pájaro y la flo , de donde surge el designio que nos une. Sin saber… cuál será el destino del amor recíproco que hoy puso el universo en tu corazón y en el mío.

58

La vida trascurre en dirección opuesta a la ilusión de volver



Desde hace más de un año, vivimos sufriendo los efectos catastróficos de una pandemia y una cuarentena. Las cuarentenas que la civilización humana ha ejercido en el pasado se realizaron, siempre, aislando a la gente enferma y a la contaminada por una innegable cercanía. Hoy se lleva a cabo, en cambio, sobre una población, argumentando que, además de preservar a las personas, es necesario evitar que la en-fermedad se difunda.

Si utilizamos lo que ocurre en la Argentina como un ejemplo que no excluye las inequidades cometidas en otros países, podemos decir que la difusión del coronavirus no parece haber quedado limitada por nuestra cuarentena. Aconsejamos quedarse en una casa que no todos tienen y cuidarse con una higiene que no puede realizarse en donde faltan el agua y la cloaca.

Para difundirse entre los cuarenta y cinco millones de argentinos, ¿no le alcanzan al virus los treinta millones de un 66% constituido por los que viven precariamente debido a su pobreza, más aque-llos que circulan porque desempeñan "actividades esenciales"?

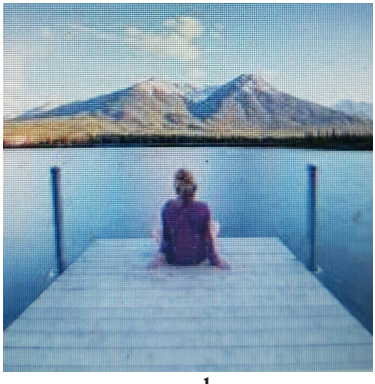
Mientras vivimos *atrapados por una sola preocupación central,* postergando todo aquello que nos distrae de ella, entre las cosas que abandonamos al deterioro, no solo importa nuestra economía. Nuestra vida se empobrece de manera progresiva cuando nos alejamos de la alegría de vivir.

Dado que nuestro estado de ánimo influ e sobre nuestro sistema inmunitario, cuando estamos tristes aumenta, precisamente, el riesgo que pretendemos disminuir. Encerrados en un círculo vicioso, mucho más grave cuando alcanzamos la condición de ancianos, perdemos de vista lo que significa la magnitud de un año en el que desaparece el entusiasmo que nos mantiene vivos.

"Resignar" es, en propiedad, cambiar de signo. *Sentarse y esperar no es un camino.* Las veces que hemos pensado "hay que esperar que esto pase", lo hemos hecho asumiendo, casi siempre sin prestar demasiada atención, que las cosas, y entre ellas las que más nos importan, volverían a ser como antes. Pero lo que fue ya fue, y el camino está por delante. *Nos espera un trayecto difícil, que solo podremos realizar si caminamos en una dirección opuesta a la ilusión de volver.*

59

La tranquilidad ficticia es un refugio espurio



Para comprender el valor del bienestar contenido en la tranquilidad, es suficiente reparar en la cantidad de antónimos que el término posee, como miedo, dolor, inquietud o desasosiego. No es de extrañar, entonces, que busquemos activamente la tranquilidad y que nos encontremos con maneras peores y mejores de intentar lograrlo. Entre ellas, hay dos que pueden funcionar como extremos opuestos y que a menudo se mezclan en distinta proporción.

Una consiste en *examinar la cuestión con todos los procedimientos que están a nuestro alcance y, desde la consciencia de lo que ignoramos, aceptar la normal incertidumbre ante un futuro imprevisible en el cual la enorme mayoría de lo que tememos no sucede.*

Lo vemos de ese modo cuando contemplamos las posibilidades de nuestra circunstancia "desde afuera" de nuestras inquietudes. Para eso nos ayuda ponernos en contacto con algo que nos ha dejado la experiencia de vivir "entre la nostalgia y el an-helo". *Mirar hacia atrás nos debilita y nos enferma. Cada minuto de la vida es una despedida que solo se compensa caminando hacia una nueva adquisición.*

La otra manera reside en *negar todo aquello que nos intranquiliza y substituirlo por algo de signo contrario que emocionalmente nos conforme.*

Solemos intentar, de ese modo, transformar nuestra vida en un lugar seguro, pero la experiencia nos enseña que *la utópica hazaña de librarse definiti amente del peligro es ajena a la vida,* y que el intento ilusorio que se logra es un torpe simulacro que procura, *tal como sucede en el caso del coronavirus, concentrar el conjunto entero de nuestras aprensiones en un asunto solo, con la esperanza, utópica, de poder controlarlas.*

Esta segunda manera, *costosa y fallida,* inevitablemente nos conduce hacia un conjunto de *preguntas incómodas acerca de cepas, contagios, vacunas, predicciones y protocolos preventivos que generan respuestas contradictorias y conductas erráticas en las mismas personas que, en unas pocas horas, cambian lo que piensan influidas por otras que opinan sobre el conjunto entero de lo que acontece desde el campo estrecho de su especialidad.*

No es necesario detallarlo, es suficiente con encender el televisor.

60

Vivir es siempre comprometer la vida

No siempre nos damos cuenta de que tendemos a pensar que es preferible disfrutar de la condición de enamorante, porque nos preserva de los sufrimientos que nos depara el vivir enamorados. De manera implícita, asumimos que nos otorga la seguridad de que la persona que logramos enamorar, en virtud de lo que siente, se convierte en alguien "poseído" por nuestra voluntad.

Asumimos, además, "automáticamente" —es decir, sin pensarlo—, que así, evitando enamorarnos, evitamos sentir "en carne propia" los inevitables celos que sufre todo enamorado y, por consiguiente, así nos preservamos del quedar expuestos, como le sucede a todo enamorado, a interpretar como desaires las innumerables actitudes que provienen de la persona que nos enamora.

¿Qué ocurre, en cambio, cuando nos enamoramos? Ya lo dijo el poeta: "Amor se fue; mientras duró / de todo hizo placer. / Cuando se fue / nada dejó que no doliera".

Dejemos de lado ahora que, duelo mediante, el enamoramiento "normalmente" se transforma en un cariño perdurable o, por el contrario, conduce a una rotura del vínculo que se experimenta como una definiti a separación de los destinos.

En una poesía de Trilussa, el protagonista encuentra en un cajón de un viejo mueble una foto de una mujer con una dedicatoria que dice: "Ninetta, que te ama eternamente", y se pregunta: ¿quién será esta Ninetta, que un tiempo atrás me amaba eternamente?

Un enamoramiento que colma nuestra vida con el entusiasmo que nos permite (en plenitud, "cuando todo se llena de placer") ver una maravilla en la más humilde de las hojas otoñales dispersas en el suelo del bosque ¿no vale, acaso, la pena que ocasiona?

El psicoanálisis nos dirá que el enamoramiento equivale, en lo inconsciente, a la realización del incesto. Y que nos conduce, entonces, a vivir en un equilibrio inestable, en el borde que separa al cielo del infiern . Prigogine nos aclara que la vida misma, toda ella, trascurre en ese equilibrio inestable entre el orden y el caos.

Pero *el psicoanálisis también nos esclarece que el enamorante vivirá, para siempre, torturado por la envidia que, boquiabierto, frente al enamorado siente.*

61

Los promedios no existen en la realidad material

La teoría de los quanta nos enfrenta con una afi - mación insólita que, a pesar de que en primera instancia impresiona como absurda, ha conducido a logros (como la actual precisión del gps) inalcanzables con otras teorías. Sostiene que las llamadas partículas atómicas elementales aparecen cuando se relacionan con otras, y que, por fuera de esa relación, no tiene sentido afirmar que existen "por sí mismas". *En el mundo que hoy la física postula, no existen cosas que perduran exentas de toda relación.*

Abordando esa cuestión en otro contexto, cabe señalar que no es lo mismo constatar que en los últimos 5 años han muerto 7 de los integrantes de una orquesta que reparar en que, en promedio, ha muerto 1,4 en cada año. Los muertos de nuestra primera afirmación pueden ser exhumados y nos encontraremos físicamente con sus huesos. Los muertos del "promedio" construido habitan en un mundo estadístico sin huesos.

Nos comportamos de maneras muy distintas en nuestra relación con cada una de las personas que constituyen nuestro entorno. Si al examinar en su conjunto un número que consideremos significati o de las relaciones que establecemos con otros quisiéramos definir nuestro carácter, inevitablemente habremos construido una especie de "promedio" cuyo modo de ser, abstracto, se constituye como un "tipo" de existencia que en mucho difie e de la concreta que se manifiesta en cada elación.

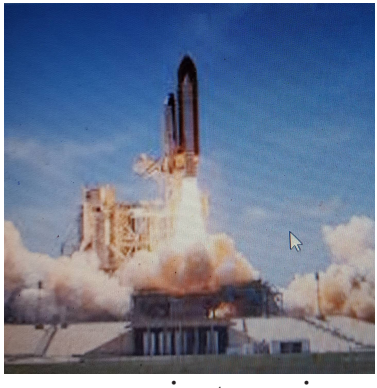
Conmueve la enormidad de lo que estamos enfrentando cuando descubrimos que la pregunta "¿quién soy yo?" nos conduce a sostener que formular esa cuestión carece de un sentido tangible.

Coincidimos aquí con lo que, desde otros cuadrantes, hemos sostenido en las innumerables veces en que nos hemos referido a "la ilusión del yo". Es el referente esencial de la sentencia que con frecuencia repetimos: solo se puede ser siendo con otros.

Con la palabra "yo", designamos, entonces, un ser concretamente inexistente que nada tiene en común con nuestros huesos. Un abstracto mentalmente "construido" que (como es el caso de las partículas atómicas elementales que la física postula) solo concreta su existencia física en el seno de una relación con otra.

62

Predecir no es lo mismo que percibir lo que ya está ocurriendo



Con la palabra "percepción" designamos el máximo de capacidad para captar la circunstancia en la cual vivimos inmersos. Cuando "nos damos cuenta" de lo que estamos captando, decimos que ocurre de manera consciente, y si no, asumimos que lo que trascurre permanece inconsciente.

El psicoanálisis nos llevó a descubrir que *vivimos dentro de un pasado que pertenece al presente, porque no ha terminado de ocurrir aún* (ya que continúa causando lo que ahora sucede), *y en un futuro que también es actual, porque ya ha comenzado* (como sucede con los cohetes lanzados en Cabo Cañaveral, mientras permanecen inmóviles apoyados en el fuego que emana de los motores que ya se han encendido).

Eso coincide con lo que sostenía Einstein cuan-do afirmaba que pasado y futuro son ilusiones tenaces, pero ilusiones al fin. Es una idea que posee formulaciones ilustres. Kant, Freud, Einstein, Ortega y Gasset se han referido, con palabras distintas, al hecho de que no se trata de que el hombre vive en el tiempo, sino que, por el contrario, es el tiem-po el que vive en el hombre. La representación de nuestra vida trascurre, dirá Freud, en un presente atemporal.

Hemos sostenido muchas veces que el intento de prever el futuro carece de valor, porque con frecuencia comprobamos que nuestras predicciones casi nunca aciertan con lo que sucederá. Suelen suceder cosas que pueden ser mejores o peores, pero casi nunca las que imaginamos. Y lo mismo vale para nuestras intuiciones que provienen de resonancias afectivas que proyectamos sobre nuestro porvenir.

Es conveniente esclarecer ahora que *no debemos incurrir en el desatino de confundir percibir con predecir.* La actitud que nos conduce a predecir proviene, muchas veces, del desasosiego en el cual solemos incurrir cuando, frente a las dificultades que debemos resolver, nos invade un temor que viene "desde lejos", apoyado en fracasos anteriores que no hemos podido elaborar y que, reprimidos, en la enorme mayoría de las veces, ni siquiera logramos recordar.

Reparemos, entonces, en que una cosa es predecir, y otra, muy distinta, percibir. Si nuestras percepciones fueran ilusiones, no podríamos gestionar las dificultades que atravesamos.

63

Es necesario...

... evitar que lo imposible nos distraiga de realizar lo que podemos.

El gran Goethe exclama: "Amo a los que quieren lo imposible", pero es necesario comprender que no se propone elogiar un amor empecinado que nos conmine a "echar todo por la borda". Bienvenida sea una pretensión que persiste, pero la experiencia muestra que solo funciona en la alternancia rítmica de una insistencia que desiste para volver a insistir en el momento oportuno. Prudencia, paciencia y una resignación bien entendida (que conduce a un recambio de los significados) son guardianes de la virtuosísima mesura.

Se trata de una mesura que se alcanza recorriendo las dos fases del proceso que, a partir de la primera, dolorosa y "famosa", en donde sobresale una pérdida y una despedida, denominamos "duelo". La transformación del dolor en tristeza marca el acceso a la segunda fase, que opacada por el fragor de la primera no suscita la atención que merece. En ella, lo perdido comienza a substituirse, y el dolor, que la costumbre

ha "gastado", ya no exige el mismo esfuerzo para mantenerlo a raya. La energía que entonces se ahorra puede usarse para emprendimientos cuya vitalidad renovada se manifiesta en la alegría que ocasiona un interesado y entusiasta retorno a la relación con el mundo.

Bernardo Houssay decía que fácil es aquello que sabemos hacer, y difícil, lo que ignoramos cómo puede lograrse. Algo similar ocurre con la potencia y la impotencia. *Siempre habrá cosas que "sencillamente" podemos y otras que nos resultan "claramente" imposibles.*

¿Por qué, entonces, insistimos con ellas?

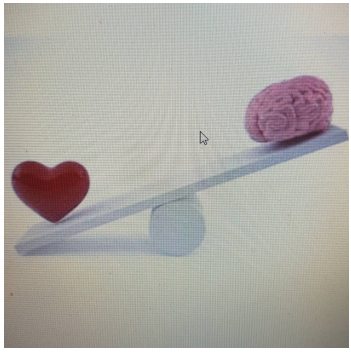
La respuesta se nos viene encima: porque estamos habituados a evitar el duelo. Si quise y no pude, me enfrento con el dolor de una impotencia que me obliga a "duelar". Si, en cambio, pude y no quise, la incapacidad que me duele permanece oculta.

Sin embargo, mediante esa maniobra, como producto de un "mal negocio" inadvertido, he introducido un sentimiento "nuevo" sobre el cual se han escrito millones de palabras.

Si pude y no quise, hay algo que ahora me atormenta. Los ciudadanos de la antigua Roma se golpeaban el pecho con el puño. De allí procede la palabra "culpa".

64

La existencia "independiente"



Los griegos pensaron que la materia se hallaba constituida por partículas elementales que Demócrito denominó "átomos". El término, en su idioma de origen, significa que no se puede dividir. Leibniz, eminente matemático y filósofo alemán, sostuvo que el universo se hallaba constituido por un conjunto de "substancias" (lo que está debajo) simples, equiva-lentes metafísicos (no materiales) de los átomos, que denominó mónadas.

Las mónadas son indivisibles, porque no tienen partes. Tampoco tienen "ventanas" a través de las cuales pueden entrar en una íntima relación con otras. Es decir que el contacto entre ellas no las modifica. Su tamaño es variable, y Leibniz aclara, explícitamente, que un hombre entero constituye, en sí mismo, una mónada.

Frente a una formulación tan categórica, dos cosas se hacen evidentes.

La primera es que hay personas que viven de ese modo. Sintiendo que son dueños de su vida, no experimentan la necesidad de rendir más cuentas que a sí mismos, ya que si lo que hacen afecta a los demás, se trata de una cuestión que cada cual deberá resolver a su manera, sin quejas, sin reproches y sin culpa.

La segunda es que la teoría de los quanta sostiene precisamente lo contrario de lo que Leibniz postula. Afirma, en cambio, que solo existimos ahora, en un vínculo actual, y que en los intervalos entre una y otra relación carece de sentido sostener que nuestra existencia permanece. De un modo similar puede decirse que *la humanidad de un "Borges" que vive en cada instante se deshace en la construcción de un Borges abstracto, "sin huesos", coagulado en los libros de historia, que cada cual interpreta a su manera, y cuya existencia como "promedio colectivo" carece de la carne que caracteriza a todo aquello que realmente vive.*

Hay una cuestión que la observación arroja y que conduce a una importante reflexión acerca de los imprescindibles lazos que nos unen. Las personas que piensan que cada cual debe vivir "independiente" suelen incurrir algunas veces, a su pesar, y sin poder evitarlo, en la queja, en el reproche o en la culpa.

65

La "irrealidad" de los promedios

¿A qué tipo de existencia pertenece un promedio? Vale la pena insistir sobre la forma "especial" en que existen los promedios, porque nos puede ayudar a esclarecer sus diferencias con las realidades concretas que se manifiestan cotidianamente en nuestra vida.

Reparemos en que, si las alturas de las cuatro personas que integran el departamento de compras de una empresa fueran 160 cm, 170 cm, 180 cm y 200 cm, podríamos decir que la talla promedio sería 177,5 cm. Pero lo que importa señalar aquí, sin embargo, es que en el conjunto que consideramos no existe realmente una que mida los 177,5 cm de la estatura promedio.

La cuestión adquiere todo su valor cuando intentamos ponernos de acuerdo acerca de cuál es, por ejemplo, el carácter particular de Juan Pérez. Si tenemos en cuenta las opiniones del grupo de personas que él frecuenta, nos "formaremos una idea" sobre la concreta manera de ser y proceder de Juan, que surge de lo que (entre coincidencias y discrepancias)

expresan quienes dicen conocerlo. Pero es muy importante reparar también en que esa idea que nos hemos formado, *abstrayéndola* de lo que nos dijeron, es algo que ha nacido de un modo que en mucho se parece al promedio de 177,5 cm de altura, *que concretamente no existe* en el departamento de compras que usamos como ejemplo.

En otras palabras: *hemos llegado a determinar el supuesto carácter de Juan Pérez estableciendo un promedio abstraído entre un cierto número de sus conductas reales. Es un promedio que con ninguna de esas conductas coincide y que solo puede aproximarse a su próxima y concreta manera de ser y proceder, pero nunca predecirla con certeza.*

Está muy lejos de ser casualidad que lo que hasta aquí dijimos coincida plenamente con dos afi - maciones de la física cuántica. Una de ellas sostiene que la posición de una partícula atómica solo puede establecerse aproximadamente mediante un cálculo estadístico. La otra afirma que carece de sentido pretender que las partículas que se manifiestan en el trascurso de una relación existen de una manera concreta que es independiente de esa conexión.

66

Reconocer un error

Veamos algunas precisiones acerca de lo que pensamos sobre significados que giran en torno de u resumido en la frase: "Reconocer un error".

En primer lugar, digamos que, aunque el voluntarismo sostiene que la voluntad sucede como pro-ducto de una decisión "primaria", la observación demuestra que, cuando la acción requiere vencer una dificultad, la voluntad surge como producto del haberse "dado cuenta" de las consecuencias im-plícitas de omitir el acto.

Mientras disculparse es querer que nos liberen de los sentimientos de culpa, pedir perdón, en cambio, suele llevar implícito reconocer un daño con autenticidad mayor.

Es necesario tener en cuenta que, si bien es cierto que una persona humilde no puede ser humillada, no siempre nuestra humildad será bien comprendida, y que, además, suele suceder que lo que nos

reprochan no coincide con el error que pensamos haber cometido.

El superyó (ya sea tolerante o cruel) es un yo súper, una especie de imagen ideal con una historia que "de algún lado proviene". Por eso es necesario reconocer que no siempre lo anima un espíritu comprensivo y amistoso.

¿Cómo deberíamos, entonces, reconocer un error?

Cuando con enojo o crueldad ofendemos, y nos responden reprochándonos con idéntico enojo, hemos adquirido el derecho de no someternos a ese juicio adverso, porque nuestro interlocutor, con su carencia de empatía hacia nuestra actitud, ha incurrido en un error muy semejante al nuestro. La observación demuestra que la idea resumida en la frase "yo no fui el que empezó" (típica de las peleas entre hermanos) es indemostrable.

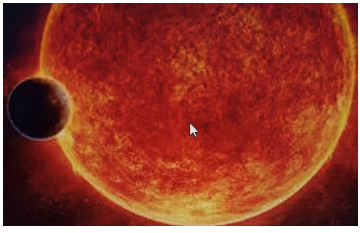
Es claro que tampoco podemos pretender reprocharle el que nos haya privado de un perdón, espontáneo y empático, que nos hubiera aliviado llenándonos de gratitud. Pero, si nos disponemos a asumir nuestro error, es necesario también asumir que, *por motivos tal vez postergados, la carencia de empatía ha sido recíproca.*

Todos cometemos errores, y cuando pensamos en ellos nos ayuda la afirmación de Jesús frente a quienes proponían apedrear a una mujer

sorprendida en adulterio: “Aquel de ustedes que se sienta libre de pecado que tire la primera piedra”.

67

El que solo medicina sabe ni medicina sabe



Parece atinado comprender que ese conocido proverbio extiende su validez si lo aplicamos al ejercicio de otras actividades específicas como, por ejemplo, la economía, la política y, ¿por qué no?, el conjunto en-tero de las disciplinas humanas, dentro de las cuales las "verdades parciales" suelen ingresar en actitudes y conductas erróneas.

Ya no se trata del "tener razón" que caracteriza a los caprichos infantiles. Hoy, víctimas de la parcialidad de un autoritarismo omnipotente, cabe reflexionar sobre la trascendencia que adquiere recordar aquel proverbio que aprendimos en la Facultad de Medicina. En un mundo que cada día nos demuestra su complejidad creciente, no debe sorprendernos que todo el tiempo se empeore precisamente aquello que procuramos mejorar.

Cuando hablamos de un "mundo", no nos limitamos a considerar con ese nombre al orbe entero de todo lo que en nuestra circunstancia existe. Cada cual habita en un entorno y en una perte-nencia que, sea familiar, laboral, deportiva o artís-tica, compromete muy profundamente los afectos que constituyen sus ganas y la razón de su alegría de vivir.

¿Cómo recuperar aquello que, insensiblemente, poco a poco, se nos ha perdido? ¿Cómo recuperar la humildad que nos embarga cuando nos damos cuenta de que existe una dependencia inevitable y "normal"?

Lejos del pesimismo y el optimismo, dos grandes y simplificados impostores, necesitamos aprender a refugiarnos en un realismo que, manteniéndose a cubierto de tales imposturas, nos reconcilia con la impresionante y misteriosa sabiduría de un universo inteligente. Un universo que, en una bandada de pájaros o en un cardumen de peces que por fuera de lo que sus integrantes perciben "saben a dónde van", nos muestra que su complejidad funciona.

Suele decirse que "el que espera desespera". La sentencia, por sí sola, nos demuestra que "esperar" configura una actitud insuficiente. Estamos hechos, decía Shakespeare, con la substancia de la que están hechos los sueños, y por eso el antiguo remedio "natural" de la desesperación ha sido siempre la

esperanza, porque forma parte de la original argamasa que sembró la vida en el corazón de un organismo humano.

68

Secuelas de la pandemia

Hay veces en las cuales, en el medio de un camino hacia la parcialidad de un fin que, en última instancia, no puede ser otra cosa que un nuevo comienzo, sucede que uno se detiene acuciado porque de pronto lo acomete la pregunta proverbial con la cual Dante inicia su *Divina comedia:* ¿dónde estoy? No alcanza con refugiarse en la canción que dice: "Si vagabundo es el propio mundo que va girando en el cielo azul, ¿qué importa saber quién soy ni de dónde vengo ni hacia dónde voy?".

Así sucede que, en el medio de la doble pandemia (infección y cuarentena) que hoy nos envuelve, nos tienta la tendencia, casi inevitable, hacia inventariar los daños. Es ese, y no otro, el motivo que nos lleva a preguntarnos, en el trascurso de un camino cuyo norte confusamente se divisa, ¿cuáles son las secuelas de la pandemia ubicua en la que vivimos inmersos?

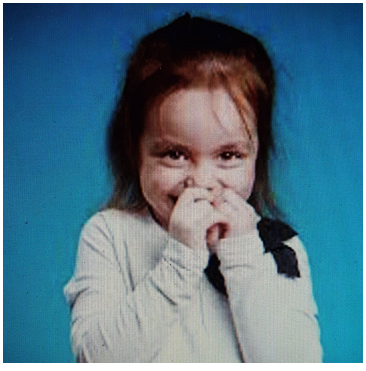
Sin duda, algo podremos percibir. La prudencia nos inclina a distinguir, con cuidado, entre lo que la percepción nos otorga y el vicio pertinaz que nos lleva hacia los azarosos e inútiles hallazgos que la pre-dicción nos ofrece.

Hablemos con prudencia, paciencia y resignación mesuradas, entonces, solo de aquello que hoy podemos percibir. Aunque sabemos que, entre las consecuencias de lo que hoy nos ocurre, algunas mejorarán nuestra vida, también vale la pena contemplar los daños que denominamos "secuelas".

Sin el ánimo de ser exhaustivos, mencionaremos cuatro cuya importancia conmueve. *La primera es la difusión irrestricta de un temor a la muerte que impide la prosecución de una vida normal y conduce hacia vivir una "muerte en vida". La segunda es la desaparición de la alegría de vivir que constituye una natural propiedad de la vida. La tercera es un progresivo desorden cotidiano que desestructura la armonía que constituye la cualidad esencial de un organismo vivo. La cuarta es el abandono y el descuido de las condiciones importantes y esenciales que le otorgan su sentido a una trayectoria vital.*

69

El valor de la vergüenza



El psicoanálisis revela que reprimimos para impedir el desarrollo de un determinado afecto, y que el asco y la vergüenza son, en última instancia, los dos grandes motivos de la represión. El asco, de semblante pálido, nos conduce a separarnos violentamente de todo aquello que, sin duda alguna, repugna. En la vergüenza, en cambio, que trascurre teñida con el color rojo que acompaña al calor de la vida, se expre-sa una excitación que conserva todavía los rastros de una incomodidad indudable que, desplazándose des-de su origen en las zonas pudendas, enciende el ros-tro para testimoniar desde la cara que la inquietante aproximación de un piropo, por ejemplo, complace. Recordemos lo fácil que es en el amor cruzar la línea que separa lo sublime de lo que se siente desagrada-ble o ridículo.

Una vez reconocida la vitalidad de la vergüenza, cabe distinguir que allí se oculta una cierta impotencia que habitualmente se disfraza con los ribetes de la culpa. Por eso, cuando alguien se comporta de manera inescrupulosa asumiendo la falacia que caracteriza al caradura, lo acusamos diciendo que, por su modo de ser y proceder, es un sinvergüenza.

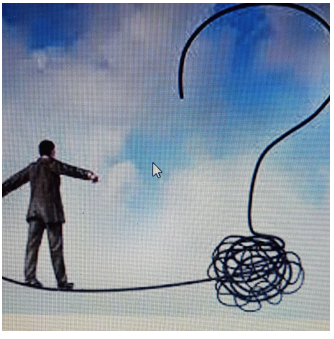
Reparemos en la ironía con que lo expresa Groucho Marx: "Tengo mis principios, pero si no le gustan tengo otros". Y cuando una persona sinvergüenza argumenta: "¿Acaso no se puede cambiar de opinión?", debemos recordarle que la velocidad con que lo hace nos impide saber a qué atenernos en nuestra relación con él.

No cabe duda, entonces, de que la vergüenza es un valor, y que a una persona desvergonzada hasta un extremo, en la cual nadie puede confia , nada se le puede creer.

¿Cuáles son los designios inconscientes de una época en la que el "antiguo" valor de la palabra ha perdido vigencia? La cuestión empeora cada día. Junto a la tolerancia con que se aceptan las mentiras más groseras, se añade un ingrediente malsano y destructivo. Las contradicciones "informativas" más flagrantes se difunden, con impudicia y beneplácito, dentro de un clima colectivo que, sin reservas, las admite.

70

Preguntas incómodas



La constante difusión de noticias y pensamientos que trasmiten los medios de comunicación y repiten las personas que habitan nuestro entorno genera las ideas que, acerca de la pandemia, el consenso sustenta. Hay preguntas que, contempladas desde allí, generan incomodidad, porque (tal como suele suce-der durante los exámenes que un estudiante afronta) conducen hacia respuestas que ponen en evidencia la magnitud de aquello que ignoramos. Precisamente en eso reside su valor, ya que el costo siempre es excesivo cuando la acción (o el pensamiento) es equivocada o inútil. Tres ejemplos alcanzan para trasmitir lo esencial.

En primer lugar, el contagio. En un país como la Argentina, aproximadamente un 66% de la población (los que viven en condiciones paupérrimas, los que tuvieron que salir a trabajar para poder comer y los que realizaron actividades esenciales)

no pudo realizar la cuarentena de manera efectiva. Surgen entonces dos variantes de una misma pregunta: ¿no alcanzan para difundir el virus los treinta millones que componen el 66% que practica una cuarentena ilusoria? ¿De qué ha valido, entonces, la cuarentena (mejor, pero imperfecta) realizada por quince millones de argentinos?

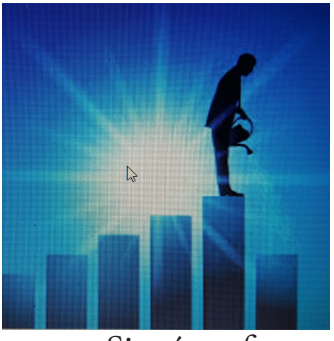
En segundo lugar, la mortalidad. ¿Por qué, entre las causas que producen la muerte, solo registramos, de manera cotidiana y dramática, el número de las que atribuimos al coronavirus? ¿Qué sucede con el dengue, el paludismo, la enfermedad de Chagas o, inclusive, con los accidentes de tránsito? ¿Por qué omitimos que muchas de las prohibiciones impuestas deprimen el ánimo y disminuyen la inmunidad?

En tercer lugar, las "vacunas". Si dejamos de lado el efecto placebo que opera sobre la enorme mayoría de los vacunados, y que en algo influ e sobre el estado de ánimo, podemos atrevernos a la incomodidad que producen algunas cuestiones. ¿A qué nos referimos con la palabra "vacuna" cuando la usamos homologando, sin justificación alguna, sustancias muy disímiles? ¿De dónde surgen las opiniones aventuradas acerca de una experiencia con ellas que todavía no existe?

Y nos detenemos aquí porque, como dice el proverbio, cuando hace falta una muestra, es suficiente un botón.

71

El actor y su público



Es necesario reparar en los suicidios, generalmente indirectos (a través del consumo de drogas, por ejemplo), de personas que, con un gran éxito de público, se han convertido en personajes. No es difícil imaginar la escena. Si así no fuera, basta con recordar a Garrick (de la poesía de Juan de Dios Peza), descripto como el actor suicida que hace reír sin encontrar remedio para su mal. Se trata, pues, de un desarrollo unilateral insalubre que da lugar a una tragedia que el éxito encubre y que ocurre con mucha frecuencia. Decíamos que no es difícil imaginar la escena en la cual, luego de los aplausos, el actor su hunde en la magnitud de *algo que le falta*. Dado que, según lo imagina, es algo que la gente que lo aplaude, su público, posee, el malestar de su carencia se contamina con envidia. ¿Cuál puede ser esa falta, eso de lo cual carece, sino aquello que Mary Shelley (la autora de la novela

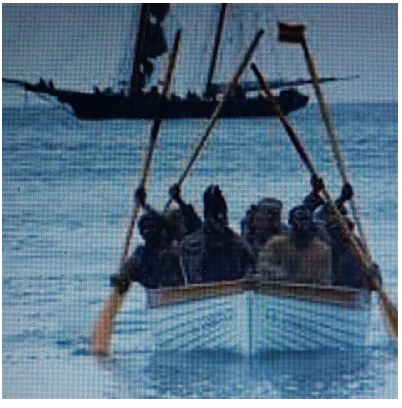
Dr. Frankenstein, cuyo subtítulo es El moderno Prometeo) denomina "los afectos domésticos", aclarándonos que ningún ser humano debería permitir que su afán creativo comprometa la salud de esos afectos, ya que, si eso sucede, su creación no es "noble"?

La carencia que señalamos se experimenta como desolación, un sentimiento de pérdida que se conforma como un desarraigo del solar que naturalmente habitamos. Un desarraigo que compromete mucho más que la tierra concreta que pisamos. *Cuando el actor se convierte, a través de sus actos creativos, en un ídolo aclamado, si queda atrapado en su éxito público y desconoce o ignora la creciente carencia que acompaña los aplausos que recibe, ingresa en el círculo vicioso que finalmente lo dest uye.*

Volviendo sobre los afectos domésticos, podemos decir que allí residen las personas que más nos conmueven, que es peligroso negar cuanto nos conmueven, y que *a todos nos hace falta sentir que les hacemos falta precisamente a esas personas que tanto nos importan.*

72

Un año largo en una condición extraña



Desde hace más de un año, vivimos bajo una condición extraña que comenzó como algo que duraría quince días, pero no fue así. El peligro que queríamos controlar se fue instalando, paulatinamente, en la cotidianidad de nuestras vidas. Hoy, *el noticiero, junto con la temperatura ambiente y el pronóstico del clima que en la semana tendremos, nos comunica la cantidad de muertos que el coronavirus ha matado ayer.* Es imposible dejar de reparar en que las perso-nas que "mueren de otras muertes" no despiertan la misma atención.

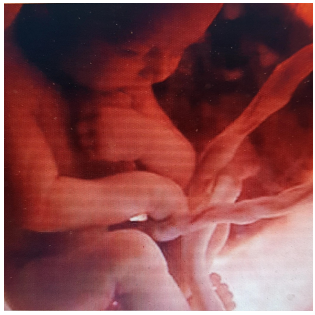
Para unos más y para otros menos, ha sido duro y difícil continuar con el trabajo habitual, siempre comprometido, en algún grado, por la recomendación de encerrarse en el hogar. Más allá de esa

desigual perturbación colectiva, hemos sufrido todos, con in-tensidad más o menos pareja, un alejamiento afectivo de todas aquellas personas (amigos, parientes, com-pañeros en el trabajo o el deporte) que no pertene-cen al ámbito reducido que ocupa la familia nuclear. Atenazados por estas duras condiciones, *disminuye la posibilidad de conservar algún contacto con la mayor parte de los ingredientes que nos conceden la alegría que surge, espontáneamente, cuando se vive en salud.*

Para mí, publicar en Instagram ha constituido un descubrimiento tan imprevisto como gratificante. En esta etapa de mi vida que, en su mayor parte, ya ha trascurrido en otro mundo, me otorgó *la oportunidad de establecer, con un conjunto apenas conocido de personas, un espacio fraterno en el cual uno puede descargar lo que cada día de este entorno subvertido le deja entre pecho y espalda.* Así, continuamente estimulados por los comentarios interesantes y amables de las personas que frecuentan lo que escribo, nacieron mis *apuntes de todos los días.* Hoy conforman un volumen que, recorrido desde sus comienzos en forma sucesiva, deja transparentar la historia de una necesidad (¡y de una sensibilidad!) compartida.

73

La vida



En *Mi cuerpo, los otros y yo* (dedicado a los niños), publicamos cinco afirmaciones que es atinado retomar aquí.

La vida que vive en los padres (y que recibieron de sus progenitores) se reproduce en los hijos.

La vida hace un bebé "antes" que el bebé haga su vida.

La vida sabe cosas que el bebé no sabe.

Los seres vivos no sabemos todo lo que sabe la vida.

Más allá de lo que sentimos, pensamos y queremos, nuestra vida siente, piensa y quiere cosas que ignoramos.

De allí surgen otras cuestiones. Si la vida transcurre colonizando a toda una progenie, y "me atraviesa" cuando la trasmito a esos hijos en donde ella flo ece, ¿qué sentido tiene decir que soy el dueño de una vida que transitoriamente me habita?

Borges señala en "El budismo" (en *Siete noches*) que *no habría que decir "yo pienso", habría que decir "se piensa", como se dice "llueve".*

¿De dónde surge, entonces, esa encarnizada manera de insistir en dos afirmaciones

La primera, explícita, es que soy el dueño de algo "mío" (¿contracción de mi-yo?). La segunda, implícita, es que, si me apodero de "una vida", es porque antes pude existir sin ella. Absurdo, ¿verdad? No vale argumentar que pasé de una vida peor a otra mejor, porque tampoco tiene sentido sostener que antes me apoderé de una primera.

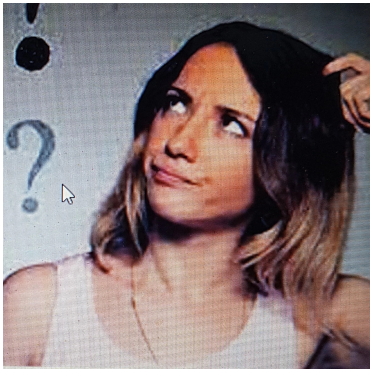
Si se prescinde de ese artificio seductor que denomino "yo", ¿cómo se puede vivir, a cubierto de la intemperie, en un mundo en donde todo "llueve"?

Sin embargo, cuando se llega a puerto, la experiencia no solo nos muestra que es posible, sino que además, de ese modo, se disfruta de lo que nos otorga una vida trascendente, vestida con las delicias de un magnífico regalo.

Así nos acercamos, en un contexto que paulatinamente ha cambiado desde las aproximaciones lineales hacia la riqueza de la complejidad, a una consciencia distinta que con vigor trascurre. Una consciencia ampliada, que nos conduce a percibir lo que estamos comprendiendo como algo que proviene de la recíproca fecundación de una nueva ciencia con una nueva religión.

74

La memoria selectiva



Cuentan que, durante una visita turística a un cementerio, alguien, leyendo las inscripciones de las lápidas, preguntó: "Y a las personas malas, ¿dónde las entierran?". Federico Nietzsche sentenciaba: "He hecho esto —dice la memoria—. No pude haberlo hecho —dice el orgullo—. Y finalmente la memoria cede".

Freud dirá que reprimimos todo aquello que, si fuera recordado, surgiría acompañado por un sentimiento penoso. Refiriéndose a lo que sucedía con sus pacientes, señalaba, además, que los pueblos que no recuerdan su historia están condenados a repetirla.

No cabe duda de que la represión, eligiendo el camino de un alivio inmediato, nos conduce al mal negocio de volver a poner la pierna dentro del mismo pozo. Ese, y no otro, es el asunto, de importancia

extrema, que se resume en la frase: "Repetir en lugar de recordar". Una sentencia que no suele trasmitir su trascendente importancia.

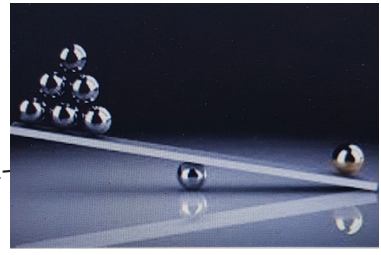
La cuestión quedaría incompleta si omitiéramos señalar que el recurso de preferir el alivio inmediato, desentendiéndose de sus consecuencias, corresponde, en términos freudianos, a una sustitución del principio de realidad por el principio de placer. Vale la pena subrayarlo, porque esto nos aclara que *forma parte de la memoria selectiva el que recuerdos que con-sideramos ciertos sean inventos de acontecimientos que jamás sucedieron.*

El predominio del principio de placer también nos aclara, aunque a primera vista no lo parezca, la base que sustenta la situación caótica que hoy se atribuye, injustificadamente, a una pandemia viral. Una increíble simplificación que ofrece la "ventaja" falaz de reducir todo riesgo de muerte a un solo enemigo y a una sola solución, la vacuna, como si de ese modo, mágicamente, se anularan todos los peligros que forman parte de la realidad.

Es importante consignar aquí que la vacuna más prestigiada, lejos de ser el producto de un organismo, como las "verdaderas" vacunas (la antivariólica, por ejemplo), es un trozo de adn que ha nacido, de forma artificial, en un laboratorio (como el covid-19, que se procura anular) y que todavía ignoramos cuáles serán sus efectos en un plazo más largo.

75

Poder o no poder
(That is the question)



Espronceda, con versos famosos, afirma: "Hojas del árbol caídas / juguete del viento son: / ¡Las ilusiones perdidas / ¡ay! son hojas desprendidas / del árbol del corazón!". ¿Es así? ¿Quedan nuestras ilusiones a capricho del viento? Sabemos que, desde una fuerza interior, no solo modificamos la realidad, sino que además podemos, a través de un duelo, modificar lo que le exigimos al entorno. Pero… ¿somos acaso los dueños indiscutibles de esa fuerza? ¿Qué se hace cuando la fuerza no aparece?

De pronto descubrimos que la cuestión ya no radica, como quería Shakespeare, en "ser o no ser", sino que la importancia se ha trasladado, toda entera, a "poder o no poder".

Frente al enfermo, al que carece o al débil, es inútil insistir subrayando: "Si tú quieres, puedes", porque nos dirá (¡y es cierto!) que hay que poder querer y que su

solución solo depende, por lo tanto, de una ayuda exterior. ¿No es verdad, acaso, que puede suceder que no logre querer?

En un tratamiento psicoterapéutico que respeta los principios del psicoanálisis, procedemos sabiendo que la colaboración del paciente es imprescindible, pero *nunca afi mamos que el paciente "puede".*

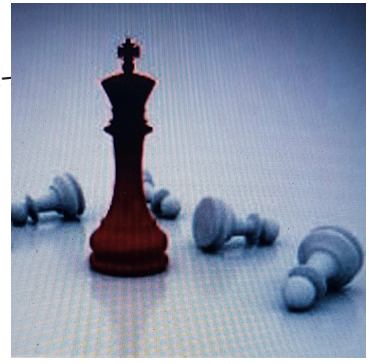
Sostenemos, en cambio, que el "no" ya lo tenemos, que procederemos de la única forma en que funciona, "como si no quisiera", y que aquello que "en verdad" ahora puede solo se sabrá "al fina ", cuando llegue el momento de contemplar el resultado.

La auténtica colaboración del paciente no surge de un acto voluntario que aparece como producto de una decisión que "sencillamente" hay que asumir. Solo nace del haber logrado "darse cuenta", a pesar de la represión (o de la negación que, de manera intelectual, la sustituye), de las consecuencias que la falta de colaboración produce.

Lo que describimos en el psicoanálisis puede observarse en la política. Es peligroso "prometer" que se puede, asumiendo, desde el gobierno, la responsabilidad total (o, peor aún, proyectándola sobre "la oposición"). No fue lo que hizo Churchill, quien prometió a su pueblo "sangre, sudor y lágrimas", y de ese modo, devolviéndole la responsabilidad, su pueblo "acompañó".

76

¿Más poder para qué?



Ante la necesidad de enfrentar dificultades, siempre habrá cosas que podremos hacer y otras frente a las cuales nos encontraremos impotentes. Con frecuencia desembocamos, de ese modo, en la culpa, dado que preferimos pensar "pude y no quise" antes que reconocer lo contrario, "quise y no pude".

Si bien compartimos el espíritu que anima la afirmación de Goethe: "Amo a los que quieren lo imposible", no es menos cierto que todo tiene un límite, y que conviene evitar que una insistencia desmesurada en realizar lo que nos resulta imposible nos impida llevar a término una parte importante de aquello que podemos.

Junto a la influencia deletérea, en su mayor parte inconsciente, que ejercen los cuatro gigantes del alma: la envidia, la culpa, la rivalidad y los celos, *hay dos formas mayúsculas de inmadurez, en personas adultas, que predominan en nuestro entorno actual.*

Una consiste en la vigencia de una fase que únicamente en la infancia funcionaba bien, y que el psicoanálisis denomina "dependencia oral". Así se genera *la creencia de que la sociedad (representada con frecuencia por un estado omnipotente), el grupo de per-tenencia, los amigos o las personas del entorno deberán otorgar todo aquello que alguien necesite y no pueda obtener "por su cuenta".* Conduce a que, en el conjun-to de una población, junto a los que producen más de lo que consumen, existan quienes consumen más de lo que producen.

La otra reside en el predominio de lo que, en la jerga psicoanalítica, se denomina "fase anal retentiva". Determina *la actitud codiciosa y avara del que atesora los bienes, y especialmente el dinero (fuente de poder adquisitivo), de manera tal que, evitando "gastar", se dispone a vivir pobremente para morir millonario. Lo vemos en la acumulación de riqueza propia de lo que se ha llamado "capitalismo cruel". De allí deriva la actitud de adquirir el poder "por el poder mismo", desconociendo el saludable principio de que no tiene sentido acumular un poder que no deja en claro una cuestión esencial: ¿más poder para qué?*

77

Del dicho al hecho...
hay mucho trecho

Hace años, en una discusión científica y pública acerca de algunos conceptos psicoanalíticos, un colega expresó su beneplácito frente la multitud de ideas que surgían, sin que lo perturbara el hecho de que algunas, contradictorias, no pudieran integrarse en un conjunto coherente. Recuerdo haberle expresado que su beneplácito terminaría de manera abrupta si varios médicos de reconocido prestigio se hubieran comportado de un modo semejante frente al lecho de su hijo enfermo.

Aunque las ideas diferentes sean contradictorias, pueden ser valiosas en una primera fase del proceso, cuando el pensamiento se dilata como un corazón en diástole, pero eso solo rinde su fruto cuando luego se completa

con una especie de sístole que lo contrae para llegar a una conclusión aplicable que justifica todo el periplo del haber pensado. Reparemos en que la meta de todo pensamiento es orientar una acción, y que el valor de pensar cómo se vive se concreta al vivir como se piensa.

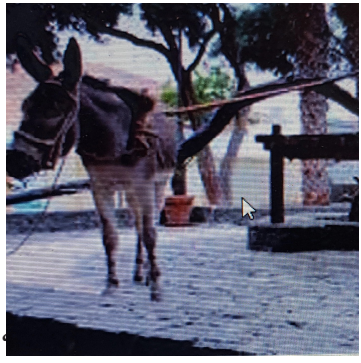
Algo que en algún sentido es similar puede decirse acerca de la convicción de que nadie debe ejercer una injerencia ilícita en la libertad de su prójimo, tratando de imponer su pensamiento sobre la mane-ra de ser y proceder que adoptan las personas de su entorno. En otras palabras: *del mismo modo en que no pretendo decirte cómo debes comportarte, tampoco tienes el derecho de señalarme lo que debo asumir*.

Sin embargo, si prestamos atención al pensamiento implícito en el desarrollo que recién reseñamos, descubrimos que contiene una innegable falacia. Si no pienso lo mismo que tú, porque pienso que lo que cada uno asume influ e y nos afecta recíprocamente, *cuando me dices cómo debo comportarme* (es decir, como tú, en forma "independiente"), *haces lo que dices que no se debe hacer.*

Dado que procuras influir sobre otros con tu modo de pensar, ¿por qué asumes que no debo, entonces, tratar de convencerte de que la independencia es ilusoria y que ambos influimos sobre los pensamientos y los actos que forman parte de una vida en común que compartimos?

78

El campesino y el burro



Cuentan que un campesino de muy pocas luces se quejaba diciendo: "¡Qué mala suerte! Ahora que había acostumbrado a mi burro a vivir sin comer, s e me viene a morir".

No quisiéramos incurrir, sin darnos cuenta siquiera", en la tentación codiciosa de llevar hasta el límite alguna de nuestras relaciones valiosas, introduciendo una incomodidad y un malestar en el contacto con nuestros seres queridos, mayor del que registramos.

Debemos reconocer, sin embargo, que las apariencias suelen ser engañosas, y que, a pesar de que habitualmente nos creemos lejos de ese desatino, son muchas las veces en que nos comportamos como el campesino bruto que, procurando quedarse con todas las ventajas, hace muy mal negocio.

No quisiéramos… pero nos sucede. Apenas nos enfrentamos con el desasosiego que nos produce enterarnos de una cierta tendencia nuestra

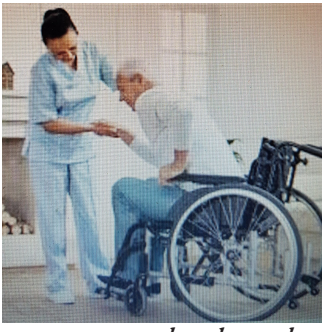
"desconsiderada" que nos lleva a oscilar entre "echar manos al asunto" o dis-traernos en la contemplación de otros panoramas, de pronto nos damos cuenta, con sorpresa, de que no solo somos el desatinado campesino, sino también, mal que nos pese y muchas veces, el burro, la víctima en primer lugar perjudicada.

Solemos decir: "No les hagas a los otros aquello que no te gusta que te hagan a ti". Pero aquí vemos que, de manera solapada, solemos hacer ambas cosas a la vez, dado que la experiencia poco a poco nos convence de que todo victimario suele ser la primera víctima que sufre intoxicada con su propio veneno.

No cometamos el error de menospreciar la realidad de la pena, el desasosiego, el desamparo y el horror del campesino frente a su "compañero", que ha muerto encadenado a la noria por vicisitudes más serias que las que surgen de la humorística ironía, tragicómica, que construye al "episodio" que inicia este comentario. Ese noble animal en la faena que, frente a la urgencia de una necesidad cotidiana, constituyó, en las innumerables horas de una vida dura y difícil, la diferencia entre sobrevivir o morir.

79

La enfermera y el médico



Mujer y hombre, feminidad y masculinidad, mamá y papá, en el ejercicio de la medicina o, mejor aún (tal como lo ha propuesto Gustavo Chiozza), dos funciones distintas, proteger y preparar, "distribuidas" entre esos dos representantes de los dos progenitores.

Lewis Thomas, en un libro maravilloso *(La gestación de una ciencia nueva),* subraya enfáticamente que, durante muchos años, la casi totalidad de la eficacia de los auxilios médicos fue el resultado de la labor de la enfermera. Recién con el desarrollo científico surgido junto con el nacimiento de una fisiopatología, el médico pudo contribuir "en serio" al restablecimiento de la salud del paciente.

Es necesario insistir en la fundamental importancia que, en el ejercicio de la medicina, poseen ambos "personajes" y ambas actitudes. Porque no es esto, lamentablemente, lo que está sucediendo. El reconocimiento del enorme progreso aportado por el conocimiento científico condujo a menospreciar el

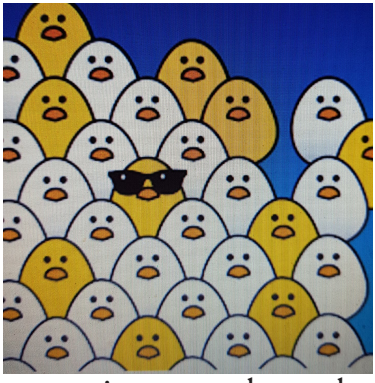
valor de "los cuidados" como constituyente imprescindible de todo acto médico eficaz. Para comprobarlo, es suficiente lo que ocurre con la medicina actual que, a despecho del desasosiego que provoca la carencia de todo con-tacto corporal, trascurre progresivamente privada de esa otra cualidad que ha dado lugar a que naciera el término "presencial", que nunca se había usado.

Para el desempeño de la labor psicoterapéutica, es muy fructífero el comprender las cosas de este modo, en donde el oro puro del psicoanálisis se mezcla con el cobre de la psicoterapia. La cuestión no se agota diciendo que interpretarle al paciente desde "donde uno siente como él" lo alivia, y que, en cambio, hacerlo desde "donde uno siente lo que siente quien se relaciona con él" podrá tal vez beneficiarlo, pero "raspa".

Es imprescindible comprender, además, que *entre las cosas que decimos los psicoanalistas, junto a unas pocas que "curan" —como cura el antibiótico la patología que surge de un urocultivo o como cura limpiar y desinfectar la herida—, hay muchas otras que funcionan como la enfermera. Ella, sin perturbar ni contradecir lo que el médico prescribe, acomoda amorosamente la almohada de un semejante que sufre.*

80

Las ideas "originales"



Quien haya participado en un trabajo colectivo posee una experiencia acerca de una frecuente discrepancia con respecto al "verdadero" origen de una idea. Mientras se sostiene, por un lado, que el auténtico autor de un pensamiento es el que lo ha pronun-ciado durante "la ocurrencia" de un discurso oral, se asume, por el otro, que la autoría corresponde por entero a quien lo ha expresado de manera escrita.

Así como es muy difícil decir quién empezó con el litigio cuando dos hermanos se pelean, en el seno de un conjunto de personas que dialogan mientras colaboran en el esclarecimiento de un asunto (se trate, por ejemplo, de una investigación científica o de la manera en que hay que proceder para mejorar el rendimiento de una maquinaria) sucede que cada cual, como es natural, recuerda mejor el proceso creativo que ocurrió "en su interior" que los procesos muy

semejantes que, sin duda, dieron lugar a las palabras que su interlocutor pronuncia.
Sin embargo, si asumimos que solo se puede ser siendo con otros, y que lo que denominamos "yo" es el producto de una ilusión tenaz, pero ilusión al fin (dado que, como ocurre en un cerebro, o en las redes constituidas por los usuarios de internet, es imposible identificar una neurona "presidente"), carece de sentido la pretensión de una propiedad que nace de la ilusión de que hay algo de lo que se puede ser el dueño. En verdad, todo lo que existe perdura más allá de los años que recorre la vida de una persona.

¿Vale la pena lamentarse de que, como señala un proverbio árabe, después de dos mil años de existir hombres que piensan todo lo que se puede decir ya ha sido dicho?

Lo cierto es que la esencia de aquello que podemos asumir solo radica en ser representante. Allí, en esa función cardinal, encontramos nuestra razón de ser y la autenticidad que otorga a nuestra vida un sentido que, mesurado y modesto, trasciende las pretensiones de un ego arrogante que todo lo arruina.

81

La presencia y el recuerdo

En esta época nuestra de pandemia, han nacido palabras nuevas: "presencial" o, tal vez, "presencialidad".

De pronto, nos damos cuenta de que se trata de un hecho enorme cuya influencia repercute con más fuerza de la que estábamos dispuestos a reconocer. Porque no cabe duda de que "encontrarse" con alguien había sido, hasta ahora, y sin necesidad de aclararlo, hacerlo "en presencia". Sin embargo, en el trascurso de unos pocos días y de manera súbita, ha sucedido, nada más ni nada menos, que *todo el mun-do finalmente aceptara que una conducta que "siempre" fue considerada normal se transformara, de la noche a la mañana, en una forma de proceder peligrosa y anti-higiénica que es obligatorio evitar.*

Para constatar la magnitud del hecho acontecido en la totalidad de un mundo civilizado y culto, es suficiente con reparar en que, cuando un amigo se

muere y solo "permanece" en la conmovedora pluralidad de aquello que recordamos acerca de nuestra convivencia con él, lo único de aquel ayer que hemos realmente perdido es, precisamente, la presencia material y concreta del amigo ausente. Esa misma presencia que hoy, de un modo desaprensivo, una y otra vez menospreciamos, en cada una de las ocasio-nes en que nos entregarnos a las crecientes actividades *on line* que, una vez registradas, pueden repetirse de forma innumerable. Son actividades que en la ac-tualidad se multiplican en diversas ofertas que suelen limitarse a las imágenes bidimensionales de las per-sonas que participan y a las resonancias acústicas de las palabras habladas.

A pesar de que suelen negarse, no es difícil percibir los efectos que una limitación de todo aquello que la presencia agrega produce en el ánimo que predomina en la convivencia colectiva de la época que trascurre en nuestros días actuales.

No cabe duda de que, si nos limitamos a señalar la característica principal en la que vivimos inmersos, podemos decir que reside en una pérdida progresiva de la alegría que surge espontáneamente cuando se vive en salud.